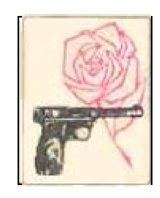


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Nosotros, los espías

SEÑORES DE LA CIA:

Les instamos a que comuniquen ustedes a los respectivos servicios secretos y gobiernos de todo el mundo que tenemos en nuestro poder a determinados personajes de la política, la milicia y la economía mundiales. Estos personajes sólo serán puestos en libertad cuando los mil espías retenidos innecesariamente en las prisiones de todo el mundo sean puestos en libertad sin condiciones.

Firmado: Nosotros, los espías (SPY)



Lou Carrigan

Nosotros, los espías

Brigitte en acción - 329

ePub r1.1
Titivillus 19.09.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

A medida que, proveniente de la casa, Número Uno se iba acercando a Brigitte, su paso se fue haciendo más y más lento, hasta que, finalmente, se detuvo por completo, a unos seis o siete metros de donde ella, completamente desnuda, estaba tendida sobre una gran toalla de alegres colores extendida en el césped junto a la piscina, leyendo con gesto de gracioso interés casi infantil un libro.

Valía la pena contemplar a Brigitte Montfort, y pese a que Número Uno conocía sobradamente cada línea de aquel cuerpo espléndido dorado por el sol, nunca dejaba de gozar del espectáculo. No ya por los maravillosos recuerdos de amor que ella le proporcionaba, sino por simple placer estético. Uno permanecía inmóvil, como siempre inescrutable su bronceado rostro, pero profundamente impresionado por la armónica belleza de Brigitte, cuyos cabellos largos, suavemente ondulados, casi azulados de tan intensamente negros, estaban ahora recogidos en la nuca de un moño encantador…

Así que podía ver la línea de su cuello, de sus hombros, la tersura de la nuca, la forma de las orejitas… Era impresionante no sólo por la belleza, sino por la dulzura de cada línea, de cada gesto.

De pronto, Brigitte alzó un poco la cabeza, y lo miró. Fue como una luz azul que lo inundase todo, mezclándose con el dorado resplandor del sol. Los grandiosos ojos azules quedaron fijos en Número Uno, que continuó inmóvil, sosteniendo un vaso en cada mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Brigitte, sonriendo—. ¿Qué miras?

Número Uno reaccionó. Reanudó la marcha, llegó junto a Brigitte, y se sentó a su lado, sobre la gran toalla. Le tendió uno de los vasos, en el que se agitó el par de cubitos de hielo.

—*Martini* solo —dijo.

—Gracias, mi amor. ¿Qué estabas mirando?

Fuera ya de las miradas de *Mamma* Maria, el ama de llaves de Número Uno, que trajinaba en la casa preparando el almuerzo, Uno se quitó la toalla que había llevado en la cintura, y se tendió completamente, tocando con su costado derecho el izquierdo de Brigitte.

—Parece que te interesa mucho el libro.

—¡Oh, sí! ¡Es formidable… y encantador!

—¿De qué trata?

—¿Cómo, de qué trata? —exclamó Brigitte—. Lo he tomado de tu biblioteca, de modo que deberías saber muy bien de qué trata.

—No he leído todos los libros de mi biblioteca.

—¡Eso está mal!

Número Uno bebió un sorbo de *martini*, mirando de reojo a Brigitte; la única mujer que realmente había amado, amaba y amaría en su vida, aunque viviese un millón de años.

—¿Por qué está mal? —preguntó.

—Pues porque… porque… ¡porque debemos leer todos los libros que tenemos! Dejar uno sin leer es como tener en casa varios hijos y a algunos de ellos no conocerlos, tenerlos… abandonados.

Número Uno, conocido en Malta como el muy importante y acaudalado señor Angelo Tomasini, amigo de los más importantes personajes de la isla, asintió.

—Creo que tienes razón, así que mi próxima lectura será este libro. Pero dime ahora de qué trata.

—Es de un autor llamado Veramírez… Debe de ser suramericano, supongo. O quizás español. ¿De qué trata? Bueno, digamos que expone unas ideas quizás un tanto embarulladas sobre la capacidad de comunicación entre todas las manifestaciones de vida del planeta Tierra.

Uno volvió la cabeza completamente, y se quedó mirando los azules ojos de Brigitte, que le contemplaban sonrientes. Frunció el ceño, y movió la cabeza.

—Debe de ser interesante —admitió.

—Lo es. Y entretenido. ¿Alguna vez se te ha ocurrido la posibilidad de que en tu jardín se desarrollen conversaciones en las que tú no puedas tomar parte?

Él miró la línea del hombro de Brigitte, y no pudo resistir la tentación de besarlo. Pareció que una corriente se deslizara por

todo el cuerpo de Brigitte.

—¿Qué clase de conversaciones? —preguntó Uno.

—Pues, por ejemplo, entre una piedra, una de tus palomas mensajeras, y un rosal.

—Una piedra, una paloma, un rosal… ¿Quieres decir que hablan entre sí?

—Bueno, propiamente hablar, lo que nosotros entendemos por hablar, no. Pero se comunican. El autor sostiene que tanto la piedra, como la paloma, como el rosal, son manifestaciones de vida en el planeta Tierra, y que, por tanto, inevitablemente, se han de comunicar entre sí.

—Interesante teoría. ¿Y qué se dicen?

—Básicamente, al parecer, intercambian comentarios sobre la felicidad de vivir. Por ejemplo, la piedra dice: hoy hace un hermoso sol que me calienta, hermano rosal. ¿Te gusta a ti el sol? Y el rosal puede responder: no sólo me gusta, sino que sin él no podría vivir. Pero, ¿sabes?: ¡también me gusta la lluvia! Entonces, interviene la paloma: también a mí me gustan el sol y la lluvia, y los vientos que me ayudan a volar, y el aire tibio, y el mar enorme que refleja el sol y la vida. ¿Te gusta a ti la lluvia, hermana piedra? A lo que la piedra responde: naturalmente, porque tampoco es bueno estar siempre al sol, así que cuando llueve y me siento fresca, también me gusta la lluvia, y la amo. ¿Sabes, hermano rosal?: ¡hueles muy fragante esta mañana! ¡Eres muy hermoso y agradable! Entonces, el rosal replica: tú también eres hermosa, fuerte y útil, hermana piedra, pero, ¿qué dices de la hermana paloma, que puede volar, y verlo todo desde allá arriba?

Brigitte calló, y Número Uno, que, olvidando su *martini*, se había tendido boca arriba, abrió los ojos, y la miró.

—Sigue —pidió—… ¿Qué más?

—No —rió ella—… ¡Si quieres saber más cosas del rosal, la piedra y la paloma, tendrás que leer tú mismo el libro! Y hay muchas más conversaciones, entre seres que jamás se nos ocurriría…

—¿Quieres decir que la piedra es un ser?

—No lo digo yo: lo dice Veramírez. La teoría consiste en que todo cuanto nos rodea forma parte de la Vida con los mismos poderes y privilegios que el ser humano.

—¿También una naranja?

—Naturalmente.

—¿Y una gota de agua?

—¡Vamos, Uno, sabes perfectamente que en una gota de agua puede haber más manifestaciones de vida que en una gran ciudad! Seres diminutos, pero seres con vida.

—¿Y de qué hablan esos seres diminutos con vida contenidos en una gota de agua?

—¡Cualquiera sabe!

—Creí que el señor Veramírez lo sabía.

—¡Pobrecillo! Su mayor pena es tener que admitir que no sabe nada de nada.

—Pues si sabe que no sabe nada, ya sabe algo.

—¡Eso lo dijo Sócrates! —rió Brigitte; de pronto frunció graciosamente el ceño—. ¿O fue Aristóteles? ¿O Platón? ¿O…?

—Fue un filósofo, no importa cuál.

—Eso es discutible. Pero no discutiremos… A menos que me digas inmediatamente qué estabas mirando antes tan… hierático.

—Se está derritiendo el hielo de tu *martini*, y cuando lo bebas, ya estará caliente.

Brigitte bebió un trago de *martini*.

—Ya he bebido. ¿Qué mirabas?

—Me estaba diciendo a mí mismo que tú has tenido doble suerte en la vida.

—Doble suerte —asintió ella—… ¿A qué te refieres?

—Algunas personas son hermosas por fuera, pero horribles por dentro. Y al revés, hay seres de apariencia desagradable que contienen en su interior una gran belleza… Tú has tenido doble suerte.

—Lo que quiere decir que te gusto por fuera y por dentro.

—Sabes muy bien que sí. Y siempre me sorprende que te guste tanto que te diga que eres hermosa.

—Te diré por qué me gusta tantísimo —sonrió luminosamente la divina periodista-espía—… Y ello nos lleva de nuevo al ámbito de… comunicaciones entre todas las manifestaciones de vida del planeta Tierra. Veamos… ¿Recuerdas la comunicación que se ha desarrollado entre la paloma, el rosal y la piedra?

—Claro.

—¿Verdad que sólo se han dicho cosas agradables?

—Mmmm… Sí, es cierto.

—¿Y decirle a una mujer que es hermosa no es hacer y proporcionar algo agradable?

—Sin duda.

—En ese caso, pudiendo decir a otros seres cosas agradables… ¿por qué no decírselas?

—De acuerdo —asintió Número Uno—. Eres hermosa por fuera y por dentro, Brigitte. Ahora, dime tú a mí algo agradable.

—¡Vaya…! Pero está bien, eso no cuesta ningún trabajo… Eres hosco por fuera, pero hermoso; eres duro por fuera, pero delicado por dentro; eres adusto en apariencia, pero tan gentil siempre conmigo…

—Me parece que estás exagerando, pero gracias.

—Todavía no he terminado; tengo algo más que decirte.

—Pues dilo.

—Te amo.

Se quedaron mirándose fijamente. Despacio, Número Uno pasó un brazo hacia la espalda de Brigitte, lo subió hasta la nuca, y la atrajo. Brigitte cerró los ojos, y su boca se fundió dulcemente con la de Número Uno, mientras sus senos dorados, todo su cuerpo se aplastaba sobre el de él…

En el infinito azul del refulgente cielo aparecieron después un par de gaviotas de blanquísimo vientre, y posiblemente vieron a la pareja humana desnuda, abrazados en mutua posesión, en entrega física y emocional, gozando del máximo placer. Pero esto, ciertamente, no debió de sorprender ni de escandalizar a las gaviotas. Quizá, todo lo más, una de ellas dijera:

—Mira: un hombre y una mujer amándose.

—Mejor para ellos —pudo replicar la otra.

—Parece que están gozando mucho.

—Pues mejor que mejor.

* * *

Hacia las seis de la tarde, cuando estaban escuchando música en el salón de Villa Tartaruga, regresó de La Valetta la gordísima y simpatiquísima *Mamma* Maria. No la oyeron, pero a través del

ventanal Número Uno vio el coche.

Cuando terminó la música, Uno miró a Brigitte.

—¿Te gustaría oír algo más?

—No, no. Lo bueno, si breve, dos veces bueno.

—Me parece —casi sonrió él— que no piensas lo mismo de otras cosas.

—¿Crees que soy una ninfómana? —Abrió mucho los ojos Brigitte. Él la atrajo, y la besó en la boca.

—Prefiero una ninfómana que una espía —dijo.

—¡Ya estamos…! Por favor, Uno, no vuelvas a pedirme que deje de trabajar.

—Puedes trabajar en el periodismo —refunfuñó él—. ¿Por qué tienes que seguir jugándote la vida? Hace poco, te metiste en aquel lío de la Organización «Gato Persa», y apenas habías salido de él cuando ya estabas metida en otro lío, aún más peligroso[1]… ¿Qué tiene de malo que una persona viva apaciblemente?

—¿Y eso lo dices tú…, el mejor espía del mundo?

—Con lisonjas no vas a conseguir nada —volvió a refunfuñar Número Uno—. Y precisamente porque yo hago algún trabajo de cuando en cuando es por lo que tú deberías dejarlo: ya sería suficiente que muriese uno de los dos, ¿no?

—No —susurró Brigitte—… No sería suficiente. Sabes muy bien que si a ti te matasen, yo moriría de pena. Así que prefiero morir de un balazo. Mi amor, no quiero que discutamos de eso, ya es un tema viejo. Ahora estoy aquí, contigo, descansando. Eso es lo que cuenta.

—A mí me gustaría tener la seguridad de que también mañana estarás conmigo. Y pasado mañana. Y al otro, y al otro…

—De acuerdo —rió ella—: me quedaré otros cuatro días. Y si te portas bien, puede que incluso me quede una semana más.

—¿Qué es portarse bien, según tú?

—Pues… complacer a tu ninfa, decirle que la amas…, y no pedirle que deje de salir de cuando en cuando a fastidiar a gente mala. ¡Voy a ver qué intenciones tiene *Mamma* Maria con respecto a la cena!

Lo besó rápidamente, y salió del salón… Reapareció apenas un minuto más tarde, con un periódico en las manos. Número Uno vio el periódico, miró los ojos de Brigitte, y sintió aquel conocido

pellizco brutal en el estómago.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

Brigitte se sentó a su lado.

—Han secuestrado al secretario general de la ONU.

—¿A cuál de ellos?

—Oh, claro, al nuevo. ¿Para qué habrían de secuestrar a un secretario de la ONU que dimitió hace un par de semanas? No, no… Han secuestrado al nuevo, al japonés Minoru Esaki.

—Pues no se puede decir que empiece bien su carrera como secretario general de la ONU ese japonés… ¿Se sabe quiénes lo ha secuestrado y por qué?

—No se sabe todavía el porqué. Pero sí se sabe que ocurrió en Ginebra, ayer por la noche, y que en la operación intervinieron muchos hombres: más de cincuenta.

Número Uno chascó la lengua con tono de disgusto.

—Qué barbaridad, cincuenta hombres…

—Por lo menos. La ONU está esperando que los secuestradores se pronuncien al respecto. Vaya, espero que esto no ocasione ninguna complicación política.

—¿Lo ves? ¡Ya te estás preocupando por lo que pueda pasar!

—Bueno… Un poco. Pero es que, además, el señor Minoru Esaki me cae bien. Tiene cara de listo simpático… y razonablemente honesto.

Número Uno quitó el periódico de manos de Brigitte, y lo dejó a un lado del sofá.

—¿Quieres que salgamos a cenar por ahí?

—¡Claro que no! Entre *Mamma* Maria y yo vamos a preparar una cena que…

Se calló de pronto. Apenas un segundo más tarde, el oído de Número Uno captó también el rumor. No podía competir en finura de oído con Brigitte *Baby* Montfort, pero nadie tenía que decirle qué era lo que producía aquel rumor: un helicóptero.

Se miraron. Brigitte sonrió tenuemente, como disculpándose, y se puso en pie. Uno la imitó, y salieron los dos al jardín. El helicóptero estaba ya volando prácticamente por encima de la tranquila, soleada, magnífica Villa Tartaruga. Se quedaron mirándolo, expectante Brigitte, impávido Uno. El helicóptero pasó por encima de ellos, se alejó…, y comenzó a girar. Volvió a pasar

por encima de ellos, de nuevo se alejó…, y otra vez regresó, ahora más bajo. Pudieron ver perfectamente a dos hombres en la redonda cabina.

Brigitte entró a toda prisa en la casa, subió al dormitorio, y del escondrijo secreto de Número Uno sacó una pequeña radio de bolsillo. Con ella en la mano, regresó corriendo al jardín… El helicóptero volvía a pasar por encima de la villa.

—Por favor, mi amor —le tendió Brigitte la radio a Uno—: por la onda de Malta, ¿quieres?

Inescrutable el rostro, Angelo Tomasini sacó el punzón de la radio, y movió las placas. Conocía perfectamente la onda radial de la CIA para la zona, y la consiguió en pocos segundos, devolviendo la radio a Brigitte, que se apresuró a admitir la llamada que ya estaba sonando en el aparato.

—¿Sí? —murmuró.

—Simón y Simón en misión de contacto con Baby —sonó la voz masculina en la radio—… ¿Contacto conseguido?

—Conseguido.

—Se ruega su presencia urgente en Ginebra.

—¿Motivos?

—Riesgo de graves complicaciones diplomáticas internacionales para Estados Unidos si no aclaramos por qué la CIA ha intervenido en el secuestro del nuevo secretario general de la ONU, el señor Minoru Esaki.

—¿Qué dice usted? —exclamó Brigitte—. ¿La CIA ha intervenido en ese secuestro?

—Así lo confirman las evidencias: uno de los hombres que intervinieron en la operación es de los nuestros.

—¿Qué quiere decir «de los nuestros»?

—De la CIA. Está detenido en Ginebra. Fue capturado durante la operación, al parecer. Aunque esta parte está un poco confusa… El hecho cierto es que, apenas fue detenido, se dio a conocer como agente de la CIA. Naturalmente, nos apresuramos a hacernos cargo de él, por convenio con las autoridades suizas. Y el prisionero, muy tranquilo, dice que solamente dará explicaciones a la agente Baby.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Lo ignoramos. Pero él ha adoptado esa postura, y no parece que vaya a ser fácil apearlo de ella…, a menos que recurramos a

medios adecuados a su traición, en cuyo caso, todos sabemos que hablaría, naturalmente. Pero antes de tratar adecuadamente a un Simón traidor, se solicita la colaboración o sugerencias de usted. ¿Podemos contar con que irá a Ginebra?

Brigitte miró a Número Uno. Normalmente, Uno habría mostrado su lado más adusto, pero no era momento de ello: sabía que si algo preocupaba, angustiaba a Brigitte, era cualquier percance que sufrieran o pudieran sufrir sus compañeros de la CIA, sus queridos Simones.

Así que Número Uno asintió con la cabeza.

Brigitte suspiró, y de nuevo colocó la radio ante su boca.

—Comuniquen que Baby llegará a Ginebra mañana por la mañana. Y adviertan bien claramente que nuestro compañero no debe ser maltratado ni presionado *de ninguna manera*. Yo decidiré qué hacemos con él. ¿Está claro?

—La estaremos esperando. Gracias, Baby.

El helicóptero se alejó. Brigitte cerró la radio, miró a Número Uno, se colgó de su cuello, y lo besó, dulcemente.

—Gracias a ti, mi amor. ¿Vendrás conmigo?

—Si te llevo en mi avioneta es lógico que vaya contigo, ¿no? —Gruñó él.

—Ya sabes lo que quiero decir: ¿me ayudarás?

—Chocante —casi sonrió Número Uno—: ¡la agente Baby pidiendo ayuda!

—No es exactamente eso —negó Brigitte—: es que cada vez me resulta más difícil separarme de ti.

Angelo Tomasini la abrazó por la cintura.

—Te diré lo que vamos a hacer —susurró—: iremos a Ginebra, resolveremos ese asuntillo, y volveremos aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero todavía estamos aquí… ¡Oh, tengo que ayudar a *Mamma* Maria a preparar la cena…!

—Bueno —sonrió del todo, por fin, Número Uno—, ¡no todo puede ser perfecto en la vida!

Capítulo II

—Pero di la verdad —insistió Brigitte—: ¿realmente estuvo mal?

—La verdad de la verdad es que no. Pero, por fortuna para ti, no tienes que ganarte la vida cocinando.

—¡Si quisiera, sería la mejor cocinera del mundo!

—Ya me gustaría ver eso.

—¡Ah! —rió Brigitte—. ¡Es una trampa! ¿Acaso esperas que para demostrártelo deje el espionaje y me dedique a la cocina?

—La idea no es mala… Me parece que ahí llegan.

Eran poco más de las diez de la mañana, y estaban ya en el ginebrino aeropuerto de Cointrin, a cuatro kilómetros de la ciudad. Nada más llegar, Brigitte había utilizado la radio para informar de ello, y la respuesta había sido que pasaban a buscarla. Y, en efecto, allí estaban: no era fácil que Número Uno tuviese fallos en la identificación de espías.

Los dos hombres se dirigieron directamente hacia ellos.

—Sea bien venida —murmuró uno de ellos, que miró un tanto cohibido a Número Uno—… Buenos días, señor. Espero —volvió a mirar a Brigitte, que le contemplaba con amable sonrisa— que hayan tenido buen viaje.

—Ha sido bueno y precioso —dijo la divina espía—… ¿Alguna vez ha volado sobre el mar durante la salida del sol, Simón?

—Varias veces.

—Entonces, ya sabe de qué le hablo.

—No hacía falta que madrugaran tanto.

—¡Nos encanta madrugar! ¿No es cierto, mi amor?

Número Uno soltó un gruñido.

—¿Dónde tienen el coche? —masculló, inclinándose para asir la única maleta que llevaban él y Brigitte.

—Permítame, señor —se adelantó el otro agente de la CIA—. ¡Yo la llevaré!

Uno farfulló un «gracias», y Brigitte, riendo, se tomó de su brazo. Poco después, nada más entrar en el coche, la espía se llevaba una gran sorpresa al ver en el asiento posterior un maletín rojo con florecillas azules.

—Enviado directamente desde la Central —sonrió el agente de la CIA que llevaba la voz cantante—… Al parecer, se sabía ya que usted aceptaría intervenir en este caso. Espero que todo esté a su gusto.

Ya sentada en el asiento posterior, Brigitte abrió el maletín, y sonrió. Sabía que todo estaría de su gusto, porque el envío procedía del viejo amigo Mc Gee, el hombre que, indirectamente, más veces había contribuido a salvar la vida de la agente Baby al proporcionarle armas de grandes recursos…

Miró a Número Uno, que estaba a su lado, y luego a los dos espías, que ocupaban el asiento delantero del vehículo, ya en ruta hacia Ginebra.

—¿Ha habido alguna novedad? —preguntó.

—No, en absoluto.

—No me refiero sólo a nuestro compañero, sino a los demás secuestradores… ¿Todavía no se han pronunciado?

—No se sabe nada de ellos, no se sabe nada de nada. Todo lo que tenemos es eso: ese maldito chiflado de Kerwin.

—¿Kerwin?

—Thomas Kerwin —masculló Simón—… Y no importa que usted sepa su nombre, porque naturalmente, pase lo que pase con él, será retirado definitivamente del servicio. A estas alturas, debido al tiempo que estuvo en poder de las autoridades suizas, todo el mundo sabe que un agente de la CIA llamado Thomas Kerwin tomó parte en el secuestro del señor Esaki… ¿Quiere algunos periódicos? ¡Dicen cosas muy sabrosas!

—Resúmamelas usted.

—Bueno, en líneas generales, parece que se acepta la versión oficial de Washington de que la CIA no ha tenido nada que ver en este asunto, sino que ha sido cosa personal de Thomas Kerwin. A fin de cuentas, si el señor Esaki fue nombrado secretario general de la ONU, significa que tuvo la aprobación de Estados Unidos, junto con los otros cuatro grandes: Rusia, China, Gran Bretaña y Francia. ¿Por qué había de secuestrar la CIA un hombre que fue aceptado por

Washington?

—Eso parece razonable. Pero siempre habrá quien se niegue a creer la versión oficial de Washington, ¿verdad?

—Claro.

—¿Rusia, quizá?

—No, no. Los rusos se están portando bien: han aceptado la versión de Washington. Las protestas provienen de otros países, generalmente asiáticos.

—Entiendo. Hablemos de Thomas Kerwin: ¿qué cargo estaba ocupando en Europa?

—¿Cargo? ¡Cielos, es sólo un pobre muchacho, un agente de tercera o cuarta categoría!

—¿De veras?

—¡Nunca ha sido nada de nada en el espionaje! Uno de tantos agentes que son utilizados para labores de escasísima importancia: rutinas, pequeñas misiones de vigilancia de otros agentes tan poco importantes como él… Nada. Pero tendría que verlo ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Parece un pavo real.

—¿Kerwin? ¿Por qué?

—¡Y yo qué sé…! Está la mar de contento, parece un tipo feliz, que no tiene ningún problema. Incluso ha alardeado de que *no fue capturado*, sino que él se dejó capturar, prácticamente, se entregó.

—Supongo —sonrió Baby— que no es un pobre chiflado.

—Ah, no, eso no: de chiflado, nada. Aunque lo parece, por sus pavoneos; es como si tuviese las plumas más hermosas de la fauna mundial, como si fuese un bellísimo ejemplar. Ayer fue sometido a pequeñas presiones y amenazas, pero todo lo que hacía era sonreír fanfarronamente, y decir: atrévanse a tocarme, y veremos qué dice Baby.

—¿Tiene aquí alguna foto de él?

—¿Fotos de él? ¡Ha aparecido en todos los periódicos! ¡No he conocido nunca un cretino tan grande, santo cielo! ¿Por qué quiere ver fotografías de él? —terminó preguntando Simón mientras se volvía para entregar unos cuantos periódicos a Brigitte.

—Pienso que quizá Kerwin trabajó conmigo en alguna ocasión anterior, y eso le infunde valor para adoptar esa actitud, por considerar que debo tenerlo en especial estima.

—Ah… No sé. Véalo usted misma.

Brigitte estaba mirando ya la foto que aparecía en uno de los periódicos. No conocía a Thomas Kerwin, estaba segura. Miró interrogante a Número Uno, que también contemplaba la fotografía. Número Uno movió negativamente la cabeza.

Durante un par de kilómetros, Brigitte y Uno estuvieron repartiéndose los periódicos, leyendo rápidamente la sustancia de los artículos. Por fin, Brigitte los devolvió a Simón, que preguntó:

—¿Han sacado algo en claro?

—No, lo siento.

—Bueno, de todos modos pronto llegaremos, y podrá hablar usted con ese maldito memo de nacimiento. ¡El lío en que nos ha metido, el muy cabrito…!

Poco después entraban en Ginebra por Rue de la Servette, llegaron a la Place des XXII Cantons, continuaron por Rue de Chantepoulet, Mont Blanc, y cruzaron sobre la rada por Pont du Mont Blanc, llegando rápidamente a los embarcaderos. Cuando el coche se detuvo, Simón se volvió.

—Lo tenemos en un yate. Iremos a él en una lancha.

—De acuerdo.

Pocos minutos más tarde una veloz lancha zarpaba desde los embarcaderos hacia el centro del Lago Leman. Y en otros pocos minutos avistaron un yate blanquísimo, que Simón señaló, en silencio. Ya más cerca, pudieron ver su nombre: *Argent*.

Cuando la lancha se detuvo a un costado del yate, fue colocada una cómoda escalerilla metálica, pintada de blanco, paralelamente al costado de la embarcación. Desentendiéndose de su equipaje, Brigitte y Uno subieron al yate, llevando la primera el maletín rojo con florecillas azules.

Tres hombres esperaban en cubierta, pero sólo uno de ellos se presentó, mirando con ceñuda sonrisa a Brigitte.

—Soy Simón-Ginebra. Gracias por venir, Baby —miró a Uno, y murmuró—… Encantado de verle, señor.

Número Uno se limitó a mover la cabeza. Aceptaba el tratamiento respetuoso de todos los agentes de la CIA, pero no parecía hacerle demasiada gracia. No obstante, desde que, tiempo atrás, los agentes de la CIA supieron que Número Uno no había muerto, sino que desde hacía tiempo era el compañero de Baby,

siempre que se topaban con él lo trataban con gran respeto y admiración. No en vano Número Uno había sido el mejor hombre con que jamás había contado la CIA… hasta que ésta misma lo traicionó, años atrás[2].

—¿Alguna novedad? —preguntó de nuevo Brigitte.

—Ninguna. Ese tonto está leyendo los periódicos, después de haber exigido un desayuno digno de un rey. Nos ha obligado a comprarle caviar iraní para desayunar, y cuando le hemos dicho que estaba loco ha insistido: esperen a que Baby se entere de que me están tratando mal, y ya verán.

Uno frunció el ceño, pero Baby no pudo contener una cristalina carcajada.

—Está bien… Vamos a ver a ese exigente muchacho.

—Él quiere hablar solamente con usted.

—Oh, bueno, pero si Uno viene…

—Sólo con usted.

Ahora fue Brigitte quien frunció el ceño.

—Bueno, lo que él quiera es una cosa, y lo que nosotros estemos dispuestos a concederle es otra cosa. Uno está conmigo, y seguirá a mi lado, le guste o no a nuestro querido Kerwin. Llévenos con él.

—Yo no tengo interés en conversar con él —dijo Uno.

—Bueno, pues te quedas callado y lo miras. Pero una cosa es que yo le convide a caviar iraní y otra cosa es que él me diga lo que tengo que hacer.

Bajaron al interior del yate, que era amplio, confortable.

Enseguida vieron a Thomas Kerwin, y lo identificaron en el acto, pese a que las fotografías de los periódicos, como suele suceder, no eran precisamente magníficas, en su impresión. Se quedaron mirándolo, mientras Kerwin, dejando los periódicos a un lado, se ponía en pie, y sus grandes ojos azules se fijaban en Brigitte, que sonrió. En persona, Kerwin era más guapo que en las fotos. Era un hermoso atleta de algo más de treinta años, de rostro viril y agradable, ojos inteligentes, frente despejada, cabellos rubios y rizados. Era sencillamente encantador.

—¿Qué tal, Simón? —le sonrió Brigitte.

Thomas Kerwin entornó los párpados y ladeó la cabeza. Su actitud era entre expectante y desconfiada. De pronto miró a Simón-Ginebra, y preguntó:

—¿Cómo puedo estar seguro de que ella es Baby?

—Hombre, vete a la mierda —masculló Simón-Ginebra.

Hizo una seña a los dos hombres que habían estado con Kerwin, y los tres regresaron a cubierta. Número Uno permaneció de pie, inmóvil, mirando al parecer con indiferencia a Kerwin, mientras Brigitte iba a sentarse en una butaca. Kerwin la miró, y volvió a sentarse en el alargado diván, junto a los periódicos. Señaló a Número Uno.

—¿Quién es él?

—Un amigo.

—Que se marche.

—No. Él va a quedarse. Usted vaya haciendo lo que quiera: diga tonterías, fanfarronee como un pavo real con la cola desplegada, fume cigarrillos turcos, pida caviar iraní o camarones del Caribe… Lo que quiera. Pero él se queda.

—¿Y eso por qué?

Brigitte *Baby* Montfort sonrió amablemente.

—Porque lo digo yo —replicó.

—No hablaré a menos que esté a solas con usted.

Brigitte se puso en pie, y se reunió con Uno, cerca de la escalerilla de subida a cubierta. Desde allí, miró con fría indiferencia a Thomas Kerwin.

—El día en que mi firmeza de carácter haya descendido hasta el punto de aceptar órdenes, dejaré el espionaje, Simón. Ese momento, todavía no ha llegado. Espero que llegue a entenderse con Simón-Ginebra. Adiós.

—¡Tiene usted demasiada soberbia! —exclamó Kerwin.

—No es eso. Yo puedo aceptar instrucciones, sugerencias, recomendaciones, consejos…, pero nunca he aceptado órdenes. Y menos de quien, al parecer, precisa mi ayuda. Mucho me temo que lo va a pasar realmente mal, Simón.

Thomas Kerwin titubeó, y acabó por asentir con la cabeza.

—Está bien… Si este hombre merece la confianza de usted, también merece la mía. Dígame algo más que me demuestre que usted es Baby, por favor.

Brigitte volvió a sentarse, y lo miró amablemente.

—¿En qué puedo ayudarle? —murmuró.

—De acuerdo. Está bien, puede que me estén engañando, pero la

creo.

—Ahora estamos en el buen camino —aprobó Baby—… ¿Es cierto que usted formaba parte del grupo de cincuenta hombres que secuestraron al señor Esaki?

—Setenta y cuatro hombres, exactamente. Y yo fui uno de ellos, en efecto. Es decir, mi misión en aquella acción consistía exactamente en dejarme capturar, a fin de ser traspasado a la CIA y pedir entonces esta entrevista con usted.

—Muy bien. Ya estamos entrevistándonos. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Queremos que usted sea nuestro jefe absoluto.

—El jefe… ¿de quién? —se sorprendió Brigitte.

—De nosotros, los espías.

—¿Los espías de la CIA?

—No. De todos los espías del mundo. Absolutamente de todos, sean americanos, rusos, chinos o malayos. Naturalmente, me estoy refiriendo a los que formamos la organización SPY.

—¡Cielos, no! —exclamó graciosamente Brigitte—. ¡Otra organización, no, por favor!

—No la comprendo.

—Pero yo me entiendo. Veamos, esa organización llamada Spy, ¿a qué se dedica? Bueno, supongo que a espiar, claro, pero…

—No, no nos dedicamos a espiar. Le diré primero lo que significa la sigla SPY: Special Power for You: SPY, ¿comprende?

—Comprendo: Poder Especial para Ti. ¿Para quién?

—Para todos los espías. Se podría terminar la expresión de este modo: Poder Especial para Ti… si eres espía.

—Muy bien. Entiendo que ustedes, los espías, quieren tener un poder especial. ¿Cuál?

—Conservar la vida y la libertad.

—Conservar la vida y la libertad —murmuró Brigitte—… Me parece bien. Estoy de acuerdo con los objetivos de la organización SPY, Simón. Pero aclaremos algo: ¿se refiere ese poder especial también a los espías que asesinan a otros?

—No. Sólo a los pobres desgraciados como nosotros, los de tercera fila, los que hemos decidido unirnos, bajo la dirección interina de Spy, el hombre que está esperando que usted asuma el mando.

—¿Quién es ese hombre que se hace llamar Spy?

—No lo sé.

—¿Es americano, francés, malayo, ruso, chino…?

—No lo sé. Sólo sé que es el hombre que ha tenido la idea de formar la organización. Y voy a decirle exactamente cuál es la idea. Mire, hace poco, en Paris, mataron a dos de los nuestros…

—¿De la CIA?

—No. De los *nuestros*: de la SPY. ¿Y sabe usted quiénes son los espías que forman la SPY?

—Dígamelo.

—Los de tercera, cuarta o quinta categoría. Los que somos denominados como *nadie* y *nada*. Los que somos utilizados como carne de cañón, sacrificados en todo momento y situación, los que no tenemos la categoría suficiente para ser conservados y protegidos por encima de todo, los que pululamos a cientos, a miles, por todo el mundo: nos matan, nos detienen, nos desprecian, nos sacrifican… Dos en Paris hace poco. Han habido otros muertos en Tokio, en Barcelona, en Berlín, en Túnez, en Tel Aviv, en…

—Está bien —interrumpió Brigitte, tensa la voz.

—No, no está bien. No sólo somos sacrificados u olvidados, sino que se niega nuestra propia existencia. Si por ejemplo a usted la capturasen los rusos, la CIA removería los cielos y la Tierra para recuperarla cuanto antes. Y no es que eso me parezca mal. Sólo me pregunto por qué no haría lo mismo si los rusos me capturasen a mí.

—Claro que lo harían.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué la Central no está negociando con la MVD para recuperar a los treinta y nueve agentes americanos prisioneros en Rusia y en Siberia?

—¡Pero qué dice…! —jadeó Brigitte—. ¿Está loco?

—Treinta y nueve —insistió enfáticamente Thomas Kerwin—. En cuanto a la CIA, tiene veintiocho rusos encarcelados en Estados Unidos…, y Moscú no hace nada por recuperarlos. ¿Sabe por qué? Pues porque tanto Moscú como Washington consideran que es preferible mantener la postura de negar que esos hombres sean espías de sus respectivos países a comprometerse en negociaciones de canje o cualquier otro tipo de convenio.

—¡Eso no es cierto! Sabemos muy bien que todos los espías son

canjeados después de obtener de ellos toda la información posible. Incluso, muchos de ellos, ni siquiera son detenidos, sino expulsados, tanto de Rusia como de Estados Unidos.

—Es usted una ingenua —sonrió torcidamente Kerwin.

—¿Yo? ¿Ingenua yo?

—Bueno…, digamos que está mal informada. Demonios, usted tendría que saber que somos tratados como bestias, despreciados… ¿De verdad no lo sabe?

—Vamos, no exagere —se disgustó Brigitte—. Sé bien que un espía de tercer orden nunca tiene los privilegios que uno de primera fila, y aunque no pretendo decir que estoy de acuerdo con eso, tengo que admitir la lógica de la actitud de los respectivos servicios hacia sus agentes de mayor o menor importancia. Ahora bien, de eso a decir que son tratados como bestias y despreciados por sus propios servicios…

—Tu memoria está fallando —dijo de pronto Número Uno, silencioso hasta entonces.

—¿Qué? —Lo miró Brigitte.

—Al parecer, has olvidado lo que la CIA hizo conmigo.

Brigitte palideció.

—No… No lo he olvidado…

—Pues parece que sí. Pero puesto que dices que no, admitirás que si fueron capaces de vender a Número Uno, pueden perfectamente dejar que hagan picadillo a estos muchachos.

Thomas Kerwin había abierto unos ojos como platos.

—¡¿Es usted Número Uno?! —exclamó.

—Sí.

—Pero… pe-pero… ¡Encantado de conocerle, señor! ¡Esto es formidable! Escuche, usted sí puede comprender lo que…

—Cállese. Está hablando con Baby, no conmigo.

—Sí… Sí señor. Lo siento, señor. Pero al parecer —los ojos de Kerwin se desviaron hacia Brigitte— Baby no quiere escuchar la voz que represento: la de todos nosotros, los espías sin categoría humana.

Capítulo III

Número Uno apretó los labios. Brigitte se quedó mirando como alucinada a Thomas Kerwin. Espías sin categoría humana… Bueno, a fin de cuentas, en líneas generales, la profesión de espía está considerada como de las más despreciables del mundo, sobre la base de que un espía es una persona falsa, dedicada al engaño y la traición si es necesario, recurriendo a cualquier procedimiento para conseguir sus objetivos.

Pero para Brigitte Montfort la cuestión estaba más que en los medios que utilizase el espía, en los objetivos que éste perseguía. Eran los objetivos los que había que tener en cuenta siempre. Porque no es lo mismo que un espía mienta y traicione para conseguir una bomba con la que aniquilar a media humanidad, a que ese mismo espía se disponga a mentir, traicionar y asesinar con tal de conseguir que esa misma bomba jamás sea no ya lanzada, sino ni siquiera fabricada.

No, no era lo mismo.

Como no era lo mismo apoyar a los espías que trabajaban para la CIA que olvidar su existencia… Curioso. Realmente curioso… La mente de la divina espía internacional efectuó un salto en el tiempo, muchos años atrás, cuando se le dijo, a ella, directamente en plena cara, que los espías no existen[3]. Y ella demostró que sí existían. ¡Vaya si existían! Podían ser de primerísima categoría, como ella, como Número Uno, o John Pearson, o Cirilo Klopucha, o «Alexandria», o Nataniel…, y podían ser de quinta categoría, como Thomas Kerwin y muchos otros…, pero todos existían. ¿Tendría que volver a demostrarlo? ¿Cuál era la VERDAD de aquel extraño asunto?

Había quedado absorta, como mirando a través de Kerwin, que la contemplaba fijamente. De pronto, los ojos de Brigitte volvieron a la realidad presente, su mirada se centró en Thomas Kerwin.

—¿Qué es exactamente lo que ustedes esperan de mí, Simón? —murmuró.

—Queremos tener los mismos derechos que usted y otros agentes como usted. Queremos garantías de supervivencia y de respeto a nuestros esfuerzos y riesgos.

—Eso es justo. ¿Qué más?

—Si nos conceden eso, todo lo demás irá viniendo por sí solo. Mire, nosotros habíamos pensado en… Bueno, se va usted a reír.

—No creo. ¿Qué habían pensado?

—Hacer una huelga.

—¿Una qué?

—Una huelga —refunfuñó Kerwin—. Supongo que sabe usted lo que es una huelga.

—Desde luego —sonrió Brigitte—… ¡Cielos, una huelga de espías! ¡Esto sí que sería extraordinario!

—Me parece que se lo toma a broma, tal como me temía.

—No, no… ¡De veras que no! Puedo imaginarme una huelga de espías. Bueno, más o menos. Porque supongo que se refiere usted a una huelga… general, no sólo de unos cuantos espías de la CIA, sino una huelga de todos los espías del mundo.

—Los de mi categoría —asintió Kerwin—. Ya veríamos si ustedes, los espías superiores, serían tan eficaces si no contasen con nuestra colaboración.

Brigitte pensó en esto durante unos segundos. Se imaginó a sí misma llegando, por ejemplo, a Singapur, sin nadie que la esperase, sin nadie que le proporcionase un coche, un alojamiento especialmente discreto, un helicóptero, armas, radios, contactos con otros puntos de espionaje; sin nadie que vigilase durante noches enteras si era precioso a tal o cual sospechoso, sin nadie que se encargase de revelar fotografías, o de obtener huellas, o de reclutar personal nativo para misiones generales, o de informar sobre personas residentes en Singapur y que estuviesen dentro del ámbito de sospechosos o posibles colaboradores…

—Me parece que no seríamos tan eficaces —dijo, moviendo la cabeza—… Acaba de dar usted un fuerte pellizco a mi orgullo.

—No era ésa mi intención. Sé bien que no todos podemos funcionar a su nivel, Baby. Ni al de Número Uno. De acuerdo. Pero no por eso tenemos que ser sacrificados, olvidados. Lo que le he

dicho antes respecto a los prisioneros americanos en Rusia, y los prisioneros rusos en Estados Unidos es cierto. Pero no se trata sólo de éstos. Hay otros espías, además de rusos y americanos…, y la SPY los agrupa a todos, sin distinción de ninguna clase entre ellos. Nuestro jefe interino, Spy, ha conseguido una estadística de espías de todas las nacionalidades prisioneros en todo el mundo. ¿Sabe cuál es el número aproximado de espías prisioneros, de espías olvidados?

—No tengo ni la menor idea.

—Entre novecientos y mil.

—¡Vamos…! —exclamó Brigitte—. ¡Eso es imposible!

—Spy puede presentarle a usted una lista. Se ha pasado más de dos años recorriendo el mundo, haciendo contacto con agentes de quinto orden y consiguiendo información de éstos. Entre novecientos y mil. Puede creerlo o no. Pero nosotros lo creemos, y por eso hemos secuestrado, de momento, al nuevo secretario general de la ONU, que sólo será puesto en libertad cuando esos mil espías olvidados sean puestos en libertad, con garantías convincentes de seguridad para el futuro.

—Ustedes están locos —dijo secamente Número Uno.

—Es posible, señor. Pero ésa es nuestra firme intención. Y precisamente para tener la seguridad de que todo va a discurrir de modo conveniente para todos, es por lo que pensamos hacer contacto con Baby y rogarle que asuma la dirección definitiva de SPY. Y no de modo provisional, sino para siempre.

—Pero… ¿por qué yo? —musitó Brigitte.

—No confiamos en nadie más. Aparte de que no podíamos encontrar mejor jefe que usted.

—¿Qué me dice de su actual jefe, ese Spy? ¿No sirve?

—Está asustado. La dirección de SPY es demasiado para él. No puede imaginarse lo que ha costado coordinar la acción de setenta y tantos hombres para secuestrar al señor Esaki.

—Pero hombre, ¿cómo no ha de costar coordinar la acción de setenta hombres? —exclamó Brigitte.

—Son demasiados, lo sé. Pero teníamos que suplir la falta de calidad con la abundancia de cantidad. Es de suponer que si usted hubiese tenido esa misión la habría realizado con media docena de hombres, quizá menos. Pero nosotros teníamos que asegurarnos por

medio de la cantidad.

—¿Qué clase de personal ha intervenido en el secuestro?

—Oh, de todos… Rusos, americanos, italianos, israelitas, tunecinos, chinos… ¡De todos! Y otra cosa: habrá usted observado que no hubo víctimas durante el secuestro. Ése fue otro de los motivos por los que se decidió utilizar tantos hombres. Tuvimos controlado el aeropuerto completamente durante el tiempo necesario.

—Ya sé que no hubo víctimas —asintió Brigitte—… ¿El señor Esaki está bien?

—Perfectamente.

—De acuerdo. Supongamos que acepto esa jefatura de la SPY: ¿qué es lo primero que ustedes esperan que consiga?

—La inmediata libertad de esos casi mil prisioneros, provistos de su pasaporte, billete de avión para regresar a su casa, es decir, a su país, y un empleo digno y duradero. Como es natural, sabemos que todos ellos serán retirados del servicio correspondiente, pero exigimos que sea de modo adecuado. Y por supuesto, la formal promesa de que en el futuro no serán molestados.

—¿Incluido usted?

—Claro —sonrió Kerwin.

—¿Y si los jefes de esos espías no aceptasen estas condiciones…?

—La cabeza del señor Esaki sería enviada a la ONU.

—¿Y qué me dice de su propia cabeza, Simón? —susurró Brigitte.

—Una entre mil —encogió los hombros Kerwin—. ¿Qué más da?

—¿Lo dice sinceramente?

—La verdad es que preferiría vivir —sonrió de nuevo el prisionero—, pero alguien tenía que hablar con usted, y yo fui el elegido.

—¿Por qué usted?

—Se supone que soy convincente y simpático.

Brigitte asintió, se puso en pie, y encendió un cigarrillo. Se quedó mirando hacia el azul del cielo por el ventanal que daba a la cubierta del yate. De pronto, se volvió hacia Número Uno.

—¿Tú qué dices, mi amor?

—No hace falta que diga nada, porque los dos sabemos cuál va a ser tu decisión —replicó Uno.

—¿Y te parece bien?

—Es muy arriesgado para ti, pero está dentro de tu línea de conducta sostenida durante todos estos años. Por eso te han elegido.

—Muy bien —Brigitte miró de nuevo a Kerwin—... Si acepto esa jefatura de la SPY, ¿se entiende que la ocupo inmediatamente y que mis órdenes serán obedecidas *sean cuales sean estas órdenes*?

—Nosotros, los espías, votamos confiar plenamente en usted en todo y por todo. Si acepta el mando, ya puede empezar a dar órdenes.

—Cargo aceptado —sonrió Brigitte—. Ya soy la directora de la organización SPY. Y ahora, quiero ver a Spy.

—Estaba previsto. ¿Puede conseguirme una radio de bolsillo de las nuestras?

Brigitte asintió.

Salió del salón, hacia cubierta, de donde regresó un par de minutos más tarde con Simón-Ginebra y los otros dos agentes de la CIA, uno de los cuales entregó una radio a Kerwin. Éste manipuló durante un minuto en ella, y luego la entregó a Brigitte.

—Vaya a Colonia, Alemania, con esta radio, y llame. Supongo —sonrió de nuevo— que para trasladarse a Colonia no lo hará como una pasajera corriente de turismo por Europa, sino que recurrirá a los medios de la CIA... que son mantenidos por agentes de mi categoría.

—En efecto —sonrió también Brigitte; miró a Simón-Ginebra—... ¿Qué sistema puede ofrecerme para trasladarme cuanto antes a Colonia?

—Lo más práctico sería un helicóptero.

—A cuyo piloto —dijo festivamente Kerwin— le ruego salude en mi nombre. Apuesto a que es de mi despreciable categoría.

—¿Qué hacemos con este idiota? —masculló Simón-Ginebra.

—Sigan comprándole caviar iraní —replicó Brigitte.

Thomas Kerwin se echó a reír jubilosamente, mientras Uno hacía un tremendo esfuerzo por retener la sonrisa que estiraba sus labios. Simón-Ginebra enrojeció.

—¿Eso es todo?

—Todo. Él se quedará aquí, a cuerpo de rey, pero no ya como prisionero, sino como invitado. Y no teman, no escapará, porque yo, directora absoluta de SPY, se lo ordeno —miró a Kerwin—... ¿*Okay*,

Simón?

—¡*Okay*! —rió éste de nuevo.

—Pero… tenemos un lío entre manos —objetó Simón-Ginebra; la Central está esperando de usted una solución, para dar las explicaciones oficiales definitivas respecto a la intervención de un agente de la CIA en todo esto… ¡No podemos demorar esas explicaciones! ¡La prensa del mundo entero está esperando! ¡Qué demonios…, la prensa, los servicios de espionaje, los gobiernos, la ONU…! ¡Todo el mundo está esperando!

—Es bueno ejercitar la virtud de la paciencia —dijo la divina espía—. Y ahora, ¿qué me dice de ese helicóptero?

* * *

Cuando el helicóptero terminó su recorrido de cuatrocientos kilómetros entre Ginebra y Colonia, era ya de noche en Alemania, y estaba lloviendo. Una lluvia gruesa y tibia, a través de la cual se divisaba el resplandor de la iluminación de la ciudad alemana, a cierta distancia. Mucho más cerca, apenas a medio kilómetro, se veía la iluminación de otra localidad, diminuta en comparación con Colonia.

El Simón que había pilotado el helicóptero desde Ginebra señaló en dirección a la pequeña localidad.

—Frechen —informó—. Están esperando ahí con el coche. ¿Los llamo ya? Brigitte asintió, y el espía se dispuso a hacer el contacto. Tras él, el silencioso y hermético Número Uno contemplaba la lluvia. Brigitte, sentada a su lado, puso una mano sobre una de él.

—No estés preocupado: todo saldrá bien.

Uno negó con la cabeza.

—No soltarán a mil hombres. Lo sé.

—No seas pesimista.

—Soy realista: jugarán sucio.

—¿Por qué han de hacerlo? Esos mil hombres no son útiles como prisioneros; sólo significan molestias y gastos. Espero que la ocasión de librarse de ellos será aprovechada. Aparte de la amenaza de muerte contra Minoru Esaki.

—Jugarán sucio —insistió Uno, irreductible.

El piloto del helicóptero se había vuelto hacia ellos.

—El coche está en camino —dijo.

Menos de un minuto más tarde el coche que había estado esperando en las afueras de Frechen llegaba al punto de la carretera cerca del cual estaba esperando, ahora silencioso e inmóvil, el helicóptero. Un hombre se apeó del coche, y corrió hacia el helicóptero, portando un paquete. Paquete que tendió a Brigitte cuando se asomó al interior del helicóptero.

—Sea bien venida —saludó—… Tengan, pónganse esto. ¡Está lloviendo de veras, quedarían empapados sólo de ir de aquí al coche!

Brigitte desenvolvió los dos impermeables, y tendió uno a Número Uno, en silencio. Captó la expresión duramente irónica de Uno, pero no dijo nada. A fin de cuentas, él tenía razón: si el que llegaba hubiera sido un agente como Thomas Kerwin, nadie le habría ofrecido ningún impermeable. Pequeños detalles.

Dos minutos más tarde, el coche emprendía camino hacia Colonia, alejándose del helicóptero, que se quedaría cerca esperando la posibilidad de ser nuevamente requerido. Al volante del coche, otro agente de la CIA hacía esfuerzos por ver bien los rostros de sus pasajeros, utilizando el retrovisor.

—Llegaremos enseguida adonde está el otro coche —dijo.

No recibió respuesta. Cinco minutos más tarde, el coche salía de la carretera, deteniéndose junto a otro automóvil, oscuro, vacío. El agente que los había recibido entregó unas llaves a Número Uno.

—Espero que todo esté de su gusto, señor —murmuró.

Uno ni siquiera lo miró. Simplemente, salió del coche, y se metió en el otro. El agente de la CIA miró a Brigitte, y señaló hacia Número Uno.

—¿Está enfadado? —preguntó—. ¿Algo le molesta?

—No le gusta separarse de mí —sonrió Brigitte.

—¡Ah…! Bueno, eso se comprende.

El coche continuó la marcha, acercándose a Colonia rápidamente. Brigitte se volvió a mirar, y vio el otro automóvil ya con las luces encendidas saliendo a la carretera. Estuvo unos segundos mirándolo, mientras los seguía, y luego se volvió hacia delante. El parabrisas era limpiado rápidamente de la lluvia, pero ésta formaba una densa cortina que aconsejaba una marcha no demasiado veloz. Pronto comenzaron a cruzarse con muchos

vehículos, al dejar la carretera secundaria entre Colonia y Frechen. Y muy pronto se encontraron en la ciudad, dejando tras ellos las autopistas rebosantes de luces.

El automóvil circulaba ya por la Dürener Strasse, cruzando el Stadtwald. Brigitte miraba a derecha e izquierda la arboleda del parque. Poco después de dejarlo atrás, pero todavía en la Dürener Strasse, el coche giró a la derecha, y se detuvo en la esquina de la Platzhof. Los dos agentes de la CIA se volvieron hacia Brigitte.

—Si quiere, la llevamos más al centro —murmuró uno de ellos.

—No, no. Gracias por todo… ¿Qué les pasa? ¿Algo no va bien?

—Bueno… Si nos necesita…

—Los llamaría, no se preocupe. Adiós.

Ocultando el maletín rojo con florecillas azules bajo el impermeable, Brigitte Montfort salió a la lluvia, y corrió cruzando la pequeña plaza hacia la iglesia de Saint Thomas Morits, en cuyo pórtico se cobijó. Cuando miró hacia el coche de la CIA, éste ya había desaparecido.

Tras asegurarse de que nadie se fijaba en ella, la espía recurrió a la radio cuya onda había preparado Thomas Kerwin, efectuando la presión de llamada en el botoncito.

—¿Quién llama? —preguntó enseguida una voz de hombre, en alemán.

—Directora de SPY en Colonia —contestó Brigitte, también en alemán.

Se oyó una exclamación inconfundible de alegría. Acto seguido, sonó una voz diferente, ahora en inglés:

—¡Gracias por aceptar! Estábamos ya muy preocupados…

—¿Quién es usted?

—Spy. Bueno, supongo que habló adecuadamente con T. K.

—Sí. ¿Pueden venir a recogerme?

—Cuando usted quiera y al lugar que nos indique.

—Spy… ¿es usted ruso?

—Sí. Pero escuche, le aseguro…

—Le espero dentro de media hora en el pórtico de una iglesia que hay en una plaza a la derecha de Dürener Strasse apenas entrar en la ciudad.

—La Platzhof. Estaré ahí exactamente dentro de media hora. Antes, si quiere.

—Media hora está bien.

—De acuerdo.

Brigitte cerro la radio, y la guardó. Seguía lloviendo.

* * *

El hombre apareció en la Platzhof a pie, procedente del cruce de las estrechas callejas Dorffstrasse y Werthmannstrasse. Cubierto por reluciente impermeable, y sosteniendo un gran paraguas, llegó corriendo con pasitos menudos, casi ridículos, al pórtico de la iglesia.

No había nadie allí. El hombre cerró el paraguas, lo sacudió, e hizo lo mismo con el impermeable. Miró alrededor, y en sus ojos apareció un leve gesto de perplejidad. Luego, simplemente, se dispuso a esperar. Las luces de la plaza le iluminaban suficientemente. Era de mediana estatura, delgado.

Debía de tener unos sesenta años, y tenía una cabellera larga, abundante, al estilo del más clásico poeta. Frente despejada, amplia, bien curvada. Boca grande. Ojos claros, de mirada serena, tranquila, como reflexiva…

Se volvió al percibir movimiento tras él. Miró a la anciana que salía de la iglesia, parpadeó, y volvió a mirar hacia la plaza. La anciana vestida de negro, blancos sus cabellos, se detuvo junto a él. La luz de la plaza se reflejó en los redondos cristales de sus gafas.

—Es usted muy puntual —dijo, en ruso.

El hombre consiguió contener un respingo, pero no su vivo gesto de sorpresa al mirar de nuevo a la anciana. Vio tras los cristales de los lentes los grandes ojos sonrientes. Parpadeó.

—¿Es usted? —murmuró.

—Espero que los dos seamos quienes somos —dijo la anciana, con tono divertido—… ¿Spy?

—Sí, desde luego. Bueno, perdone mi desconcierto, pero…

—No se preocupe. Soy Baby, naturalmente. Pero no se fíe de mi inofensivo aspecto. ¿Sabía usted que hace apenas una semana un agente ruso retirado intentó asesinarme[4]?

—No… Desde luego que no. Pero si piensa…

—¿Dónde tiene su coche?

—En esa calle —señaló Spy—. Le aseguro que…

—Vamos allá. Lleva usted un paraguas tan grande que cabremos los dos perfectamente debajo. —Esperó a que Spy lo abriera, y se tomó entonces de su brazo—… ¿Cuál es su nombre?

—Lev Banof. Y ciertamente, pertenezco a la MVD. Pero si usted teme que…

—Lo único que yo temo en estos momentos, camarada Banof, es que el secuestro del señor Esaki ocasione complicaciones, de modo que lléveme a donde está él, y veamos si esto puede arreglarse a gusto y conveniencia de todos.

Lev Banof se detuvo, casi en el centro de la plaza; la lluvia repiqueteaba en el paraguas.

—¿No teme que la lleve a una trampa? —preguntó.

—Sí. Pero como usted ve, los espías de primera categoría también sabemos aceptar los riesgos cuando se presentan.

—En lo que a usted se refiere, no tenía que demostrarlo. Ya lo ha estado haciendo muchos años.

—Eso es muy lisonjero —sonrió la anciana—… ¿Vamos a quedarnos bajo la lluvia o me lleva a ver dónde tenemos a nuestro prisionero?

Capítulo IV

Efectivamente, el nuevo secretario general de las Naciones Unidas, el japonés Minoru Esaki, tenía un rostro inteligente y simpático. Debía de tener unos cuarenta años, edad quizás escasa para ocupar tan importante cargo, pero, puesto que había sido elegido, por algo sería.

Mientras Esaki miraba con curiosidad a la anciana, ésta lo valoraba a él directamente. Le gustaron sus ojos, alargados y oscuros, y su boca firme, y su cabello cuidadosamente recortado al más puro estilo deportista, casi demasiado corto. Al mirar las manos del japonés, Baby se fijó especialmente en los dedos meñique y anular de la mano izquierda, y sonrió al verlos ligeramente deformados.

Su primera pregunta, sorprendió a Esaki:

—¿Qué Dan de Judo tiene usted, señor Esaki?

—Cuarto Dan —parpadeó el japonés—… Parece que conoce usted bien mi biografía.

—No es eso —la anciana señaló los dedos deformados—… Son sus dedos los que me han indicado que practica asiduamente el Judo. Si se fija en los mismos dedos míos verá que, pese a que son más bonitos que los suyos, tienen también un principio de deformación.

Esaki miró la mano que tenía ante los ojos. Hacía falta ser un experto para reparar en aquel detalle…, pero no hacía falta experiencia alguna para captar la juventud y firmeza de la aparentemente frágil, delicada mano.

Mano que no encajaba con la edad de la anciana, por supuesto.

—Sí, ya veo —murmuró—… ¿Qué grado tiene usted?

La anciana sonrió. Luego, pareció prestar, por fin, atención a las demás personas reunidas en el pequeño saloncito del apartamento; un pequeño apartamento en un edificio-colmena en el centro de

Colonia. Arriesgado, chocante, pero práctico si se consideraba que nadie se iba a poner a buscar a Minoru Esaki en el centro de una ciudad importante.

Curiosas personas. Había un hombre de raza blanca, alto y robusto, macizo, de rostro cuadrado y ojos claros; alemán, dedujo la espía. Sentado hasta entonces en un sillón, había estado el menudo chino de edad un tanto incierta, pero que Brigitte calculó alrededor de la cincuentena. Un chino impávido, delgado, de negros ojos redondos y como apagados; su atuendo era vulgar, a la europea, y tampoco parecía que se pudiese encontrar en su persona algo que llamase especialmente la atención. El otro hombre también era asiático, pero Brigitte pensó que no era chino… Vietnamita, quizás. Era el más joven del grupo de la SPY allí reunido, pues no debía de tener más de treinta y cinco años; alto, esbelto, atractivo, casi elegante…

Lev Banof lo presentó como Liet Vo Pao. El chino se llamaba Cheng Mao, y el sujeto alto y robusto era alemán, en efecto, y se llamaba Hermann Plaz. También había tres hombres más en el apartamento, pero se mantenían como ausentes, como no queriendo ser ni siquiera notados. Baby dedujo que los tres eran americanos…, es decir, tres Simones.

Cuando hubo saludado a Mao, Vo Pao y Plaz, la anciana se sentó en un sillón, abrió el maletín rojo con florecillas azules, y sacó un paquete de cigarrillos, que ofreció. Esaki fue el primero en aceptar. Y ya fumando todos, Brigitte preguntó de pronto:

—¿Le han tratado bien, señor Esaki?

—La verdad es que sí… Bueno, aparte de la violencia que implica un secuestro bajo la amenaza de las armas.

—Entiendo. Pero, por lo demás, y en líneas generales, no tiene usted quejas. ¿O sí?

—No, ninguna.

—Bien. Eso me satisface. ¿Sabe, señor Esaki?: nosotros formamos una nueva organización llamada SPY, que aparte del significado directo de la sigla, es decir, «Espía», forma un juego de palabras, de las que hemos tomado las iniciales: Special Power for You… Ese Poder Especial se refiere a nosotros, los espías… de tercer orden. Al parecer, hay en estos momentos entre novecientos y mil de esos espías prisioneros en todo el mundo, y nosotros

queremos que los dejen en libertad. A cambio, le dejaremos marchar a usted.

Minoru Esaki asintió con un gesto. Su curiosidad iba en aumento.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—La agente Baby, de la CIA.

El japonés ladeó la cabeza. Luego, sonrió.

—¡Está bromeando! —exclamó.

—No. Y además, soy la directora de SPY. Lo que significa que tengo autoridad absoluta en la organización. Utilizando esa autoridad, y tras exponerle a usted de modo más extenso y completo la situación, procederemos a dejarlo en libertad.

—Después que hayan sido liberados esos espías, claro.

—No. Antes, a fin de que sea usted mismo quien, en la ONU, exponga el caso tal como yo se lo explicaré, y presione para que esos mil hombres sean puestos en libertad… Perdone un momento —la anciana desvió la mirada hacia el chino, que le hacía señas—… ¿Sí, colega Cheng Mao?

—Me gustaría hablar un momento aparte con usted… Bueno, creo que nos gustaría a los cuatro.

Brigitte miró a Banof, Plaz y Vo Pao, y vio en su expresión su acuerdo con las palabras del chino. Asintió, hizo un gesto de disculpa a Esaki, y salió del saloncito, seguida de los cuatro espías… sin categoría humana. Entraron en un dormitorio, y el último en hacerlo, Plaz, cerró la puerta.

—¿Y bien? —Alzó las cejas Baby.

—Usted ha dicho que vamos a dejar en libertad a Esaki antes de que liberen a los espías —murmuró Cheng Mao—… Y eso no me parece bien: no tenemos por qué mentirle a ese hombre.

—No le he mentido —replicó la anciana—: lo haremos así.

—¡Desde luego que no! —saltó Vo Pao, que, como todos, hablaba en inglés—. ¡No vamos a hacer eso!

—Yo tampoco estoy conforme —gruñó Plaz.

—Es absurdo —dijo Cheng Mao.

La anciana miró con inquisitiva sonrisa a Lev Banof.

—¿Camarada Banof?

—Bueno… Francamente, para hacer eso, podíamos habernos ahorrado las molestias, gastos y riesgos del secuestro, Baby… De

modo que si tengo que votar, voto como ellos.

—¿Votar? ¿Quién ha pedido votación? Sólo les he escuchado. Pero se hará lo que yo diga.

—Es absurdo —insistió Mao.

—Absurdo o no, ésas son mis órdenes, caballeros. No encontraremos mejor embajador que el señor Esaki para exponer nuestras exigencias en un ámbito internacional de máxima categoría: la ONU. ¿No hablan tanto de Derechos Humanos? Pues que lo demuestren concediendo la libertad a mil hombres que no sirven de nada a nadie permaneciendo prisioneros.

—Sí, sí, ésa es la idea, pero…

—No he venido aquí a discutir, sino a dar órdenes —cortó la anciana secamente a Vo Pao—. De modo que, o las aceptan, o regreso a tomar el sol. Les aseguro que lo estaba pasando divinamente.

—Es usted demasiado autoritaria —murmuró Banof.

—Sólo utilizo la autoridad que Thomas Kerwin dijo que se me concedía. Y si no les gusta, puede usted recuperarla, Banof. A fin de cuentas, es el promotor de la SPY, y quizá la manejará mejor que yo.

—Yo no soy el promotor de la SPY en exclusiva —negó el espía ruso.

—¿Ah, no? ¿Pues quién lo es?

—Nadie en particular. La idea surgió en una conversación hace más de dos años entre Cheng Mao, Vo Pao y yo, en Vladivostok, donde la MVD acababa de capturar una célula de nueve agentes chinos del Lien Lo Pou.

—Ya. ¿Y cómo no fue capturado también Cheng Mao?

—Yo le ayudé —dijo Vo Pao—. Luego, Cheng me sugirió que hiciese contacto con Banof, éste aceptó, y así comenzaron las conversaciones entre los tres. Sólo un par de meses más tarde, se nos incorporó Hermann, en Hanoi. Y así, poco a poco, fuimos organizando la SPY. Se puede decir que nosotros cuatro somos el núcleo central, y Banof, por ser el más veterano, encabeza el grupo para decisiones finales, que siempre discutimos todos juntos.

—¿Todos? ¿Quiere decir todos los miembros de la SPY o ustedes cuatro?

—Nosotros cuatro. Pero nunca ninguna de nuestras decisiones

ha sido desaprobada por ningún colega, sea éste americano, ruso, chino o francés. La SPY no tiene nacionalidad, Baby.

—Sí, ya veo. ¿Cuántos miembros calculan ustedes que en estos momentos integran la SPY? En todo el mundo, se entiende.

Todos miraron a Lev Banof, que encogió los hombros.

—Es difícil de precisar. Sabemos que todos los agentes a los que se les ha ido proponiendo integrarse en los fines de la SPY han aceptado, y formamos ya una enorme red en todo el mundo… ¿Cuántos? No sé… Cuatro mil, quizás.

Tras los redondos cristales, los azules ojos juveniles de la anciana parpadearon lentamente.

—Cuatro mil espías —susurró—… ¡Es una buena cifra! ¿Todos de… escasa categoría?

—Naturalmente. La carne de cañón de los servicios secretos de todo el mundo. No tenemos nada que oponer a seguir trabajando, pero queremos que cuando seamos capturados no se nos olvide. Claro está, hay cosas inevitables, como los interrogatorios, pero esa faceta del riesgo ya la hemos aceptado todos de antemano. Si por ejemplo, la CIA me detiene a mí en Estados Unidos en determinada acción peligrosa, yo comprendo que se me interrogue adecuadamente, y que me extraigan hasta la última palabra de información. Así es el juego. Pero luego, quiero que Moscú haga lo necesario para recuperarme, y me proporcione otro medio de vida digno.

—Exacto —asintió Cheng Mao—… ¡Todos pensamos así!

—Ya me lo explicó Kerwin —asintió Brigitte—, y me mostré de acuerdo. Pero hay algo que me tiene desconcertada: ¿a quién obedecerán de aquí en adelante los espías, a la SPY o a su respectivo servicio secreto?

—La SPY no pretende dar órdenes a nadie: sólo exigir que nuestros derechos de supervivencia sean respetados. Y también los de libertad. Supongamos que usted me captura a mí, y me pone en manos de la CIA. Esto es normal, nada que oponer. Pero, al mismo tiempo, usted estará obligada a informar a la SPY: señores, la CIA ha capturado al agente chino Cheng Mao; pasen el informe a Pekín para que se inicien las negociaciones de recuperación… Es decir, todo lo contrario que hasta ahora, que cuando un agente era capturado no se volvía a hablar de él, y se negaba su conexión con

su servicio secreto e incluso con su patria.

—Así es —asintió Plaz, enérgicamente.

Brigitte iba mirando de uno a otro. Todo le parecía muy bien, pero había cosas que no encajaban en su mente, que no parecían… armonizar. No sabía qué era, pero algo no era admitido por su mente, ella percibía el rechazo perfectamente.

—Hay otra cuestión —murmuró—: el riesgo de que, al ir formando parte de la SPY, todos ustedes se vayan conociendo unos a otros, con lo que, en poco tiempo, todos los espías del mundo estarían identificados.

—No todos, ni mucho menos. Pero además, ¿acaso cree usted que no nos conocemos unos a otros? Parecemos corderos dando vueltas por el matadero, mirándonos… Esto, claro, los espías de nuestra poca categoría, se entiende. ¿Por qué no hemos de llegar a un acuerdo para tener las mismas posibilidades de libertad y supervivencia que la élite del espionaje mundial? Ya corremos más riesgos, al estar siempre identificados, ¿no es así? Usted misma, si no hubiese sabido guardar el secreto de su personalidad…, ¿cree que estaría viva?

—No… No lo creo.

—Pues ése es el riesgo que corremos nosotros. Cuando sucede algo inquietante, lo primero que se hace es quitarnos de en medio a nosotros, ya sea matándonos o capturándonos. Con suerte, nuestro servicio llega a veces a tiempo para retirarnos, pero si no es así, simplemente nos olvida, no se compromete por nosotros. Ahora mismo hay casi mil hombres de todos los servicios secretos en esa situación. Pues bien, nosotros queremos que los dejen en libertad.

Brigitte seguía mirando de uno a otro. A su vez, los cuatro hombres la observaban a ella fijamente, atentamente… La espía miró alrededor, no vio cenicero alguno en el dormitorio, y dejó caer su cigarrillo al suelo, aplastándolo con un pie.

—Considero inútil seguir conversando sobre un tema que ya está bien entendido —murmuró—. Ahora, sólo se trata de que si ustedes no obedecen mis órdenes, no tiene objeto que yo continúe aquí.

—¿Insiste usted en que el señor Esaki sea puesto en libertad antes que esos mil hombres? —masculló Plaz.

—Sí.

—Está bien —gruñó Cheng Mao—. Usted manda. Y nosotros

mantendremos la esperanza de que su jefatura esté a la altura del prestigio que la ha venido distinguiendo hasta ahora.

Brigitte asintió, y salió del dormitorio. Se reunió con Minoru Esaki en el salón. El japonés la miró vivamente, expectante, casi ansioso.

—Nos vamos, señor Esaki —dijo la anciana.

El japonés se puso en pie de un salto, conteniendo apenas una exclamación.

Detrás de la anciana aparecieron los cuatro hombres que hasta entonces le habían retenido, y Esaki los miró, indeciso. Pero nadie dijo nada, y Esaki, casi corriendo, se dirigió hacia la puerta.

Cuando, un par de minutos más tarde, salía a la calle, la lluvia relucía en el asfalto, reflejando los diversos colores de anuncios luminosos, que parecían concentrarse en los muy abiertos ojos del japonés.

Brigitte lo tomó de un brazo, sonriendo, y lo llevó hacia un coche estacionado cerca de allí. Entraron los dos en la parte de atrás, y sólo entonces Baby abrió su maletín, sacó la radio camuflada en el paquete de cigarrillos que en todo momento había permanecido abierta, y miró al hombre del volante.

—¿Lo has oído todo? —preguntó.

Número Uno asintió, sin volver la cabeza, mirando por el retrovisor al pasmado Minoru Esaki, que, de pronto, comenzó a farfullar rápidamente en japonés, mientras se pasaba un pañuelo por la frente.

—En inglés, por favor —le miró sonriente la anciana.

—¡Estaba dando gracias a Confucio por mi buena suerte…! ¡Tenía la certeza de que acabarían cortándome la cabeza!

—Su cabeza, señor Esaki, va a resultarnos más útil sobre los hombros. Voy a agradecerle que durante nuestro vuelo en helicóptero a Ginebra, y ahora en el coche, me escuche atentamente, para que lo entienda todo bien y pueda exponerlo en una asamblea extraordinaria de la ONU que convocará usted en la misma Ginebra. ¿Puedo contar con ello?

—¡Desde luego!

—Tendrá usted que convocar también una rueda de prensa, y explicar bien qué es la SPY y cuáles son sus objetivos… Señor Esaki, nosotros, los espías, estamos confiando en usted. Por favor, no nos

defraude. Primero, la asamblea extraordinaria en la ONU. Luego, la rueda de prensa abierta. Y ello, dentro de dos días, en Ginebra… ¿Está de acuerdo?

—Cuente con ello… ¡Palabra de honor!

—Gracias. Vámonos ya, mi amor. —Número Uno arrancó, y Brigitte sacó otra radio del maletín, que accionó—… ¿Simón?

—Sí, dígame.

—Volvemos a necesitar el helicóptero, para regresar a Ginebra con el señor Esaki.

Hubo un instante de sorprendido silencio. Luego, la voz incrédula de Simón.

—¿Quiere decir que ha rescatado al señor Esaki?

—No exactamente. No es un rescate: simplemente, como directora de la SPY, lo devuelvo a Ginebra.

—Pe-pero… ¿está hablando en serio?

—Nos dirigimos, en coche, al lugar donde nos dejó el helicóptero al llegar. Recójannos allí. Es todo.

Brigitte cerró la radio, miró a Minoru Esaki, y sonrió. El japonés, que estaba con la boca abierta, la cerró.

—Bueno, señor Esaki, vamos a aclarar las cosas, ahora que ya tenemos su palabra de honor de que va a ayudarnos… Oh, espere un momento, por favor —Brigitte se dirigió de nuevo a Número Uno—… Deberíamos quedarnos un par de días en Ginebra, mi amor. ¿Te molesta?

—No. Pero nada de alojamiento a cuenta de la CIA: yo elegiré el hotel.

* * *

Tendida en la cama junto a Número Uno, Brigitte Montfort soltó una deliciosa carcajada, de pronto. Uno la miró interrogante.

—Todavía me acuerdo de la cara que puso Minoru Esaki cuando, al preguntarme quién eras tú, le dije que eras mi amante… ¡Fue de lo más divertido!

—Sí, muy gracioso.

—Seguramente, pensó que yo era una vieja libidinosa… ¿O crees que se dio cuenta de que iba disfrazada?

—Me parece que el señor Esaki estaba demasiado emocionado

para fijarse en esa clase de detalles. Por cierto —Uno señaló el reloj de pulsera, que había dejado sobre la mesita de noche—, creo que ya deberíamos levantarnos: se supone que la asamblea va a ser esta mañana, y luego la rueda de prensa.

—Tenemos tiempo —ella le besó en los labios—… Espero que nadie se fije demasiado en el hecho de que la señorita Montfort asista a esa rueda de prensa. Ha sido un final rápido y feliz, ¿no crees?

Número Uno se quedó mirando fijamente a Brigitte, que le contemplaba como fascinada, relucientes sus bellísimos, grandiosos ojos color cielo.

—Sí, ha sido todo muy rápido y feliz —Uno deslizó una mano por su cuerpo, y de pronto la besó en un seno—… ¿Lo celebramos?

—No pareces estar muy convencido —lo miró ella un tanto hoscamente, pero siempre deliciosa.

—Que sí, mujer. ¿Lo celebramos o no?

—Mira, puede que yo sea una ninfa insaciable, pero tú eres todo un fauno, ¿de acuerdo? ¡Un sátiro, eso es lo que eres!

Número Uno asintió, casi sonrió, y acto seguido, sin dejar de acariciarla, la besó en la boca. Brigitte emitió un gemido, y apretó su desnudo cuerpo contra el de Uno, que pasó sus nervudas manos quemadas por el sol hacia la tersa espalda femenina, apretando suavemente. Siempre sentía la sensación de que la espalda de Brigitte era de seda y crema…

Sobre la mesita de noche, la radio de la espía internacional comenzó a emitir zumbidos de llamada. Brigitte apartó apenas los labios de los de Uno, y gimió:

—¡Oh, no!

—Te llaman tus niños —susurró él—. Y los dos sabemos que vas a contestar. De otro modo, no te habrías molestado en tener la radio siempre cerca y a punto. ¿Contestas tú o lo hago yo?

—Yo.

Número Uno le alcanzó la radio, y la divina espía admitió por fin la llamada.

—¿Sí?

—Baby, soy Simón-Ginebra…

—Sí, sí, ya he reconocido su voz. Y supongo que si me llama es porque ya tiene esos informes.

—Sí… Sí. Acaban de llegar. Desde luego, la Central niega terminantemente tener prisioneros rusos en Estados Unidos…, y tengo noticias de que Moscú ha negado tener un solo prisionero norteamericano en Rusia.

—¡Pero cómo que han negado…! —Brigitte se sentó de un airado salto en la cama—. ¡Están mintiendo!

—Bueno, es natural, ¿no?

—¿Cómo va a ser natural que mientan, si en la asamblea de esta mañana en Ginebra tendrán que admitir que existen…?

—Bueno, es que… no habrá asamblea. Ni rueda de prensa.

Brigitte palideció, y miró a Número Uno. Éste, que la había estado mirando a los ojos, desvió la mirada, y la posó sobre el pezón del seno derecho de la divina espía: era mejor contemplar tan delicada y turgente delicia que el demudado rostro de Brigitte.

—¿No habrá asamblea? —susurró ella.

La voz de Simón fue nítida:

—No, no habrá. Ni rueda de prensa, ya se lo he…

—¿Quién ha decidido eso?

—No lo sé. Pero tengo para usted una orden de la Central que dice…

—¿Que tiene usted… QUÉ?

—Una orden de…

—Adiós, Simón.

—Pero es…

Brigitte cerró la radio, y se quedó inmóvil. De pronto, miró a Número Uno, que seguía contemplando su seno.

—Ya sé que no me dirás que me lo advertiste —susurró—… Pero tienes derecho a hacerlo.

Él alzó la mirada.

—No comprendo cómo has podido sobrevivir con esa mezcla de astucia e ingenuidad, Brigitte —murmuró—. Era *natural* en ellos que jugasen sucio. Rusia tiene prisioneros americanos, franceses, chinos, y muchos más. Estados Unidos tiene prisioneros rusos, árabes, chinos, y muchos más. China tiene prisioneros rusos, americanos, vietnamitas, etcétera… Hasta ahora, no han hablado de ello. ¿Por qué admitirlo, si todo está solucionado… gracias a ti?

—Quieres decir que deben de estar riéndose de Baby. ¡Y hasta se atreven a darme órdenes… a mí!

—Quizá debiste escuchar qué orden era ésa.

—¡No! ¡No me interesa! Además, creo saber cuál es: seguramente quieren que olvide este asunto. Bueno, ¡pues no pienso hacerlo!

—Me lo temía. ¿Quieres que me adelante a Cointrin para preparar la avioneta?

—¿Adónde supones que quiero ir?

Número Uno se permitió un leve gesto de sorpresa.

—A Colonia, naturalmente, mi amor. Puestos a jugar sucio, debes de estar preguntándote qué les ha sucedido a esos bobos de la SPY. En cuanto a mí, no daría un centavo por sus vidas.

—Ve a preparar la avioneta, por favor —susurró Brigitte.

Capítulo V

Número Uno no tuvo la menor dificultad en abrir la puerta de aquel apartamento en el edificio-colmena en el centro de Colonia. Eran las tres y pico de la tarde.

Colocó la delgada ganzúa de acero en el borde de la solapa de su chaqueta, de modo que quedó oculta, y acto seguido empujó la puerta con un dedo de la mano izquierda, colocándose a un lado y sacando la pistola con la derecha. La puerta quedó completamente abierta, pero nada sucedió. Con un pie, Uno empujó de pronto hacia el interior del apartamento la maleta con la que había llegado, y que había depositado en el suelo.

Nada sucedió.

Pistola en mano, entró en el apartamento. Se encontró en el diminuto recibidor. El silencio era total. Apartó a un lado la maleta, cerró la puerta, y estuvo unos segundos escuchando. Nada.

Caminando despacio, se fue adentrando en el apartamento, inescrutable el rostro, atento el oído. Llegó ante la puerta de entrada al saloncito, y se detuvo. Se asomó con rutinarias precauciones, pues ya estaba seguro de que allí no había nadie.

Nadie vivo, al menos.

Desde el umbral, se quedó mirando el cadáver que yacía en el centro del saloncito. Desvió la mirada, y vio, un poco más allá, otro cadáver, tendido junto al sofá. Se acercó al primero, y se acuclilló junto a él; pero se incorporó enseguida, como si el hedor de la muerte hubiese sido un golpe físico en su rostro. El otro cadáver también hedía.

Durante unos segundos, estuvo mirando de uno a otro, rodeado de silencio. En una ventana había resplandor de sol… El muerto del centro del saloncito era un sujeto de raza blanca, alto, robusto. El otro, el que yacía junto al sofá, era asiático. Uno y otro tenían en su cuerpo los resecos manchurrones de sangre producidos por los

impactos de varios balazos.

Número Uno salió del saloncito, y recorrió el resto del apartamento. No había nadie más, ni muerto ni vivo. Regresó al saloncito, y, soportando el olor a muerte, registró rápidamente las ropas de ambos cadáveres. No encontró nada. Absolutamente nada. Quien los había matado los había despojado de todo.

Siempre impávido, Uno fue al recibidor, agarró la maleta, y se dirigió con ella al cuarto de baño. Allí, en menos de cinco minutos, el apuesto *signore* Angelo Tomasini pasó a convertirse en un sujeto barbudo, con lentes, largos cabellos grises. Se puso otra ropa, metió en una bolsa deportiva que había llevado en la maleta la ropa que había vestido antes, y se dirigió hacia la puerta. Cuando salió del apartamento, tras asegurarse de que no había riesgo en el pasillo, todavía caminaba erguido.

Pero, cuando un minuto más tarde salía del ascensor, su caminar era un tanto encorvado, más lento y pesado. No se parecía en nada al interesante sujeto que había entrado poco antes. Así disfrazado, se alejó del edificio, como ajeno a todo…, hasta que el coche se detuvo a su altura, cerca del bordillo. Entonces, simplemente, el encorvado sujeto fue hacia el coche, abrió la portezuela derecha de atrás, y se metió dentro. El coche reanudó la marcha, conducido por una preciosa muchacha rubia de ojos verdes, que fueron hacia el espejo retrovisor.

—Nada, ¿verdad? —preguntó, decepcionada—. Es lógico: si hubiesen estado todavía en Colonia habrían contestado a las llamadas de radio que hemos estado haciendo.

—Puede que estén en Colonia, pero que no quieran contestar —murmuró Uno.

—¿Por qué crees eso?

—Dos de ellos están muertos. Los otros dos deben de estar escondidos, acosados como bestias. Y también los tres que te parecieron americanos. O quizás estén prisioneros.

La rubia aspiró profundamente.

—¿Quiénes son los muertos? —inquirió, con voz tensa.

—Por las descripciones que me hiciste, son, sin duda alguna, Hermann Plaz y el vietnamita, Liet Vo Pao. Les han quitado todo lo que llevaban encima. Lo menos hace veinticuatro horas que están muertos. Y me sorprende mucho que no hayan dejado una

vigilancia en el apartamento, o en el edificio, o en la calle… Lo lógico sería que los hubiesen dejado ahí para ver quién venía a visitarlos. ¿No nos está siguiendo nadie?

La rubia miró de nuevo al retrovisor.

—No —negó—. Pero sería conveniente que tú también echases un vistazo.

Número Uno se volvió a mirar por el cristal zaguero. Estuvo haciéndolo durante tres o cuatro minutos, circulando los dos en silencio por la ciudad alemana. Por fin, Uno dejó de mirar hacia atrás.

Sólo entonces preguntó la rubia:

—¿Quién crees que los ha matado?

—No sé.

—Sé que no lo sabes, pero sé que piensas algo. ¿Quién o quiénes?

—La lógica indica que, de un modo u otro, Minoru Esaki pudo orientarlos hasta ese edificio, y que vinieron a por ellos. ¿Quién o quiénes? Quizá rusos, quizás americanos, quizás un grupo formado por agentes de ambos servicios. O de más servicios.

—Lo que implicaría que el agradecimiento del señor Esaki ha sido delatar el escondite donde estuvo prisionero, y que la CIA, la MVD, y posiblemente otros servicios, tomaron la decisión de venir a por esos pobres desdichados.

—Eso es lo que indica la lógica. Y pienso que quizá los supervivientes no han podido salir de Colonia.

—Pero no contestan a mis llamadas con la radio que me preparó Kerwin porque temen que al contestar delatarían su presencia en Colonia, mientras que si permanecen en silencio, nadie podrá estar seguro de que ellos continúan aquí, acorralados. ¿No es eso?

—Eso es. Y aparte, dudo mucho que vuelvan a confiar en tus… iniciativas. De modo que no contestarán. Lo que significa que nada podrás hacer. Sin olvidar que quizá los capturasen vivos, a los que faltan. En cuyo caso, están definitivamente fuera de nuestro alcance, ya nada podrás hacer por ellos.

La rubia asintió. Un poco más allá vio un estacionamiento, y dirigió el vehículo en aquella dirección. Número Uno no comentó nada cuando el coche rodó rampa abajo. Poco después, la rubia detenía el coche en una plaza alejada de la rampa, lejos de miradas.

Número Uno procedió a recuperar su aspecto habitual, metiendo ahora en la bolsa deportiva las ropas y las barbas utilizadas. Luego, dejando la bolsa en el asiento de atrás, pasó a ocupar el puesto del volante, mientras Brigitte se desplazaba al asiento contiguo.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo, un tanto indecisa.

—Muy bien.

—La radio emite zumbidos de llamada. Voy a ir llamando de modo que esos zumbidos envíen un mensaje en morse. Tienen que estar oyendo la llamada, oirán el mensaje en morse…, y entonces contestarán.

—¿Qué mensaje piensas enviar?

—¿Qué te parece DIRECTORA DE SPY EN COLONIA, CONTESTEN POR FAVOR?

—No se pierde nada.

Brigitte comenzó a apretar el botoncito de llamada de modo que los zumbidos que las radios conectadas a aquella onda fuesen recibiendo sonasen con cadencia de sistema morse. Una y otra vez, el mensaje fue lanzado a las ondas: DIRECTORA DE SPY EN COLONIA, CONTESTEN POR FAVOR.

Pasaron cinco o seis minutos. Número Uno encendió dos cigarrillos, y entregó uno a Brigitte. Luego, miró el coche que entraba en aquel momento en la planta del estacionamiento. El coche fue estacionado cerca de la rampa, y un hombre portando un portafolios se apeó apresuradamente y corrió hacia la salida para peatones.

Dos minutos más tarde, aparecía un matrimonio de mediana edad, cargados de paquetes de unos almacenes, y se metían en un Volkswagen. Se fueron. Número Uno miró a Brigitte.

—¿Quieres que te releve unos minutos?

—No… No. Deben de estar oyendo las llamadas, pero quizá no se hayan dado cuenta todavía de que es morse…

—Seguramente. No son muy listos.

Brigitte metió el cigarrillo en el cenicero del coche alquilado en el aeropuerto de Cointrin, y siguió enviando el mensaje a base de zumbidos…

—¿Quién llama? —Sonó de pronto la voz de Lev Banof, en inglés.

La divina espía lanzó una exclamación.

—¡Banof! ¡Hace media hora que estoy llamando!

—Así que realmente es usted —sonó adusta la voz del ruso—. ¿Qué quiere ahora? ¿Cazarnos a los que quedamos vivos en Colonia?

—Pero… ¿realmente cree usted que he sido yo quien les ha traicionado? —exclamó Brigitte.

Hubo un breve silencio. Luego:

—¿No ha sido usted?

—Banof, usted no es un genio del espionaje, de acuerdo, pero hay cosas que debería entender fácilmente: si yo fuese la organizadora de esa trampa, ninguno de ustedes habría escapado. Vamos, no quiera pasarse de tonto, por favor.

—Entonces… ¡tuvo que ser Esaki! ¡El muy…!

—Tranquilícese. Con Baby no se divierte nadie impunemente, colega, se lo aseguro. ¿Dónde están ustedes?

De nuevo hubo un breve silencio. Y otra vez la voz de Lev Banof:

—Estamos en un sótano que nos ha proporcionado uno de los miembros de SPY residentes en Colonia. Pero sólo dos de nosotros. Los otros…

—Sé que han matado a Plaz y Vo Pao. Lev, lo siento de verdad.

—Sí, claro.

—¿Y los otros tres agentes que había en el apartamento?

—Cualquiera sabe: escondidos en cualquier parte, también como ratas, supongo. Decidimos separarnos. Cheng está herido en un brazo.

—Lev, dígame dónde están. Puedo atender la herida de Mao, y le aseguro que los sacaré de Colonia.

—¿Eso cree? Me pregunto si ha pensado que toda Colonia debe de ser ahora un enjambre de agentes de todos los servicios buscando a los insensatos que secuestraron a ese cochino de Esaki. ¿No lo ha pensado?

—Sí, desde luego, pero…

—Y otra cosa: ¿cómo sabe que Hermann y Liet han muerto?

—He estado en el apartamento.

—¿Ha estado allí? ¿Y nadie la ha molestado?

—No.

—Eso es absurdo. Deben de estar vigilando…

—Lev, no tengo ganas de discutir. Tengo un plan que quiero

llevar a cabo para conseguir nuestros propósitos. Sólo dígame si usted quiere tomar parte o no en ese plan.

—¿Cuál es el plan?

—¿Le gustaría que alguien estuviese en esta onda y se enterase?

—También se enterarían si yo le decía a usted dónde estamos Cheng y yo.

—Cierto. Tiene razón… Pero hay cosas que no pueden saber. Usted y yo nos citamos la vez anterior en un sitio. ¿Lo recuerda?

—Naturalmente.

—Estaré allí a las ocho en punto de esta noche. Puede acudir o no, a su gusto, Lev. Adiós.

Brigitte cerró la radio. Número Uno miró su reloj de pulsera.

—Tenemos tiempo de cambiar impresiones sobre ese formidable plan que se te ha ocurrido…, siempre y cuando aceptes mi colaboración, claro está.

—No sé, no sé —sonrió Brigitte—… ¿Y si fueses tan tonto como los de SPY y tu colaboración sólo complicase las cosas?

—Puede que sea tonto —admitió Número Uno—, pero desde luego, no soy tan confiado como tú. Creo que te estás… amansando demasiado con los años.

—¿Tú crees? —rió Brigitte *Baby* Montfort.

* * *

Lev Banof no era tonto del todo, de modo que cuando llegó al pórtico de la iglesia de Saint Thomas Morits y no vio allí a la anciana, pensó rápidamente dos cosas.

Una: ella había vuelto a engañarle, y le había tendido una trampa. Dos: era una trampa tan burda que no encajaba con la categoría de Baby, de modo que ella tenía que estar allí…, o dentro de la iglesia.

Entró en la iglesia.

En ésta había solamente una persona, una muchacha rubia, espléndida, que se veía matizada por la suave iluminación. Lev Banof fue a sentarse a un banco cerca de la muchacha, y miró su reloj. Eran las ocho y un minuto. Es decir, que Baby *tenía* que estar allí…

Percibió el movimiento de la muchacha rubia, y volvió la cabeza

para mirarla. Ella salió del banco, llegó al pasillo…, y fue a sentarse junto a Banof.

—Tengo un plan magnífico —dijo, en ruso—… ¿Entiendo que cuento con ustedes, Lev?

El agente soviético consiguió salir de su pasmo, y asintió con la cabeza. La muchacha rubia también asintió, y se puso en pie de nuevo; Banof salió de la iglesia tras ella.

—Tengo una vieja camioneta cerca de aquí —murmuró—. ¿Puede curar a Cheng, realmente?

La rubia mostró su maletín.

—Si la herida no es grave, podré hacerlo. No sería la primera vez que hago estas cosas.

—No, no es grave; sólo molesta. La llevaré al sótano, y allí discutiremos ese plan magnífico.

—Muy bien.

La camioneta estaba en la Decksteiner Strasse, es decir, en la calle de detrás de la iglesia. Era una destartalada Citroen 2 CV, con doble puerta atrás. Lev Banof abrió estas puertas, y señaló el interior, donde se veían paquetes cubiertos con sacos.

—Siento no poder proporcionarle nada digno de usted, pero soportaremos el viaje, espero. El sótano no está lejos de aquí.

—¿Quién está al volante?

—El amigo del que le hablé, el del sótano.

La rubia asintió, y subió ágilmente a la caja de la camioneta. Todavía lo estaba haciendo cuando los viejos sacos se apartaron, bruscamente, dejando al descubierto a cuatro hombres, todos ellos empuñando una pistola…, incluido el agente chino Cheng Mao. La rubia volvió la cabeza para mirar a Banof, pero también éste, pistola en mano, la apuntaba firmemente.

—Será mejor que suba —dijo Banof, con tono seco.

Baby subió, y se sentó en el piso ondulado de chapa metálica. Banof subió tras ella, y un instante antes de que cerrase las dos puertas dos de aquellos hombres encendieron sendas linternas, cuyos círculos de luz se concentraron en la reciente prisionera. Las dos puertas fueron cerradas con seco chasquido.

Sentado cerca de la cabina de mandos, Cheng Mao golpeó con la pistola en la caja. Zumbó el motor, la camioneta se puso en marcha… Baby se dio cuenta de que era cierto que Cheng Mao

estaba herido en el brazo izquierdo: se veía el tosco vendaje por encima de la ropa. Los otros tres hombres eran los silenciosos muchachos que había conocido días atrás en el apartamento del edificio-colmena.

—¿Ustedes no son de la CIA? —preguntó—. ¿No son Simones?

—Yo sí —dijo uno de ellos—… No tema, no queremos dañarla, Baby: solamente queremos utilizarla como rehén para escapar de Colonia.

—¿Cree necesario hacer esto conmigo, Simón? ¿Usted también desconfía de mí?

—Bueno… No, pero… Bien, es que… Mire, puede que no valga gran cosa, pero sólo tengo una vida, Baby. Quiero escapar. Pero ya le digo que no se preocupe, no queremos lastimarla… ¡Antes tendrían que matarme a mí!

—Eso es reconfortante —sonrió la divina, lleno de luz su maquillado rostro deformado por los rellenos del disfraz—… ¿Puedo saber adónde vamos?

—Ya se lo he dicho —intervino Banof—: escapamos de Colonia.

—Eso me parece muy bien, pero lo que yo pregunto es si tienen ustedes un lugar conveniente al que ir, donde esconderse…, o bien, si disponen de un medio seguro de fuga hasta llegar a un lugar definitivo donde puedan permanecer con tranquilidad un cierto tiempo.

—No —gruñó Cheng Mao—, no lo tenemos.

—Me lo temía. Y tal como están las cosas, caballeros, me parece que será mejor que yo tome la iniciativa…

—Usted no va a tomar nada —farfulló el chino—… ¡Somos nosotros los que damos las órdenes aquí!

—Veo que usted también es de los que cometen errores, Mao. Sepa que a mí *nadie* me da órdenes. Vaya, me parece que con la lluvia del otro día me resfrié un poco —sacó un pañuelo bien doblado y se lo llevó con gracioso gesto a la nariz—… Espero no contagiarles.

Cheng Mao fue a contestar algo, pero no pudo. Súbitamente, mientras abría la boca, se quedó dormido, y cayó de lado. Y lo mismo les sucedió, de modo fulminante, a los otros cuatro hombres. La rubia retuvo ante su boca y nariz la gasa antigás durante más de medio minuto, teniendo en cuenta que el gas tardaría más de lo

habitual en dispersarse, por la dificultad en ir saliendo por las rendijas de la caja de la camioneta… Transcurridos los treinta segundos, retiró la compresa cuidadosamente y aspiró con cautela. Ya no había peligro.

Su mirada se deslizó sonriente por los hombres dormidos, que permanecerían en este estado no menos de dos horas. Luego, tomó una linterna, se subió la falda, e iluminó sus rodillas; en una de ellas estaba la tira de esparadrapo que había sujetado la pequeña ampolla de gas narcótico que había roto presionando ambas rodillas. Retiró cuidadosamente los delgados fragmentos de cristal, arrancó la tira de esparadrapo y la adhirió a la caja de la camioneta, y por último, simplemente apagó las linternas y aceptó el incómodo viaje.

Unos treinta minutos más tarde, sonó el zumbido. En la oscuridad, Baby admitió la llamada en su radio.

—¿Sí, mi amor?

—Ya estamos lejos de Colonia.

—Bien.

Cerró la radio, encendió una linterna, y se desplazó hacia la cabina de mandos. Allí, golpeó con una de las pistolas tres o cuatro veces. Segundos más tarde, la camioneta se detenía. Brigitte se desplazó hacia las puertas, que al poco se abrieron, dejando ver el resplandor de la noche y la silueta de un hombre.

—¿Qué pasa…? —empezó a preguntar el hombre.

Baby se sentó en el borde de la caja con ágil movimiento, y puso la pistola ante el rostro del espía.

—Es usted alemán, ¿verdad? —preguntó en este idioma.

El hombre se pasó la lengua por los labios. Acto seguido asintió con un gesto.

—¿Amigo de Banof?

—Sí… Sí.

—Yo también —la rubia sonrió—. Y lo demostraré a su debido tiempo. Ahora, saque de su cabeza las malas y tontas ideas, y, simplemente, entre en la camioneta.

Ella saltó al suelo. El hombre vaciló, pero acabó por obedecer. En el momento en que alzaba una pierna, oyó la voz de la espía internacional:

—Lo siento.

No tuvo tiempo de más. Recibió el bien controlado golpe en la cabeza, y cayó desvanecido, con medio cuerpo fuera de la camioneta. Brigitte acabó de colocarlo dentro, cerró las puertas, y fue a ocupar el puesto ante el volante.

La camioneta prosiguió su marcha alejándose de Colonia, pero sólo hasta que Baby encontró un lugar adecuado para la siguiente operación. Detuvo allí la camioneta, apagó el motor y todas las luces, y volvió a la caja, cuyas puertas abrió… Estaba terminando de recoger todas las pistolas cuando llegó el silencioso y poderoso Mercedes arrastrando un blanco remolque, una amplia «caravana». Segundos más tarde, Número Uno se reunía con ella junto a la camioneta.

—¿Alguna dificultad? —preguntó.

—No, mi amor. Ayúdame a trasladarlos.

* * *

El primero en recobrar el conocimiento, unos doce o quince minutos más tarde, fue el conductor de la camioneta. Abrió los ojos, parpadeó al recibir en ellos la luz eléctrica, y, enseguida, vio a la rubia, sentada en una litera, mirándole amablemente. Luego vio en el suelo, durmiendo profundamente, a Cheng Mao (con un vendaje ya correcto en el brazo), a Lev Banof, y a los otros tres espías. La mirada del hombre giró. Vio un par de bonitas ventanas con deliciosas cortinillas recogidas a los lados. Afuera, la oscuridad de la noche. Todo estaba amueblado funcionalmente en aquella única pieza.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

—En un remolque que compré esta tarde. Ya sabe, una de esas encantadoras casitas rodantes, con ducha, cocinita, todo eso… Es lo bastante confortable, se lo aseguro.

—¿Y mi camioneta?

—La dejé abandonada en el lugar donde tenía esperando el remolque con el coche.

El espía permaneció sombríamente silencioso unos segundos. De pronto, preguntó:

—¿Qué se propone hacer con nosotros? ¿Entregarnos?

—Para eso no me habría tomado tantas molestias —sonrió la

espía más astuta del mundo—. No haga más preguntas. Esperaremos a que los demás despierten, y entonces conversaremos todos. Si después de la conversación deciden seguir rechazándome como directora de SPY los dejaré en la carretera y me iré.

Miró su relojito de pulsera. Eran casi las nueve de la noche.

Hacia las diez y media, Lev Banof y los otros comenzaron a despertar. Poco después de las once, los seis espías de quinta categoría allí reunidos miraban sonrientes a la bella rubia que les había estado explicando su plan. Y Cheng Mao fue el primero en alzar su brazo sano, diciendo:

—Yo acepto el plan de Baby.

Banof y los otros cuatro aprobaron también, al unísono, el plan de la espía internacional.

Capítulo VI

A orillas del mar Negro, cerca de la pequeña localidad rusa de Zatoka, próxima a Odesa, el general del ejército soviético Andrei Panikov tomaba plácidamente el sol en la playa, como un ciudadano cualquiera. De cuando en cuando iba bien un descanso así, lejos de Moscú, disfrutando de la compañía de la familia, del sol, del mar. ¡Vaya si iba bien!

Ciertamente, el camarada general Panikov podía haber elegido un lugar más confortable y adecuado para sus cortas vacaciones, pero, en realidad, esto tenía más inconvenientes que ventajas. Las ventajas eran, simplemente, mayor confort, una playa más… turística, más ambiente agradable. Pero, quedaban descompensadas por el hecho de que quizás, en una de las bellas localidades turísticas de esa categoría, alguien podía reconocer a Andrei Panikov.

Y de eso nada. ¡Ni hablar! Era mucho mejor estar en aquella playa discreta, ignorado por todos. Uno más, simplemente…

Mientras pensaba esto y gozaba del sol, Andrei Panikov vio acercarse al atlético muchacho ataviado con un bañador azul y con una toalla del mismo color al cuello. Panikov sonrió. Sí señor, allá tenía un bello ejemplar de ciudadano soviético. Hermoso muchacho, sin la menor duda. Lo que no le gustó a Panikov fue que llevase barba, y aquellas largas greñas. ¿Por qué demonios esa manía de las melenas…?

A medida que el muchacho se iba acercando, el sol se reflejaba con dorados destellos en los oscuros cristales de sus gafas. Y por fin, el muchacho se detuvo ante Panikov, que se quedó mirándolo expectante. Bueno, no era tan muchacho. Al ver su cuerpo más de cerca, Panikov reparó en la dureza de su musculatura, en la piel con cierta apariencia de cuero, en las manos grandes, sólidas. No, no era ningún muchacho. Quizá tenía ya cuarenta años… Algo así. El

hombre se acuclilló de pronto frente al tumbado Andrei Panikov, y le sonrió a través de la barba.

—Buenos días, camarada general Andrei Panikov.

Éste se sentó rápidamente, conteniendo con dificultad una exclamación de disgusto.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Uno de los cuatro.

—Uno de los cuatro ¿qué?

—Uno de los cuatro hombres que estamos llevando a cabo la operación, camarada general.

Panikov tuvo, de pronto y por primera vez, la sensación de alarma, de peligro.

—¿Qué operación? —susurró.

El apuesto desconocido señaló hacia el mar por encima de su hombro, con un fuerte y largo pulgar.

—En estos momentos, nos están viendo con prismáticos desde una lancha, camarada general. La lancha está navegando ya hacia esta playa. Cuando esté cerca, tú entrarás al mar, subirás a esa lancha, y acompañarás sin ocasionar molestias a los dos hombres que llegan en ella. ¿Lo has entendido bien, camarada general?

Andrei Panikov había palidecido ligeramente. Pero no era fácil asustarlo a él.

—¿Estás loco? —exclamó—. ¡Dime inmediatamente quién eres, y te aseguro que esta broma…!

—No es ninguna broma, camarada general: te vamos a llevar de paseo en lancha durante un par de días, quizá tres. Depende. Todo está preparado para que lo pases del mejor modo posible… Tengo entendido que te gusta pescar. ¿Es cierto? Pues bien, en la lancha hay un buen par de cañas, cebo abundante, un buen sillín… Lo vas a pasar bien, de veras. Sólo se trata de desaparecer durante dos o tres días. No sufrirás ningún mal. Ni tu familia tampoco.

—¿Mi familia? —acertó a exclamar Panikov.

—Sí. En estos momentos, tres camaradas están con tu esposa, tu hermosa hija Tatiana, y tu inteligente y simpático hijo Vladimir. De verdad: no queremos hacerles mal alguno a ellos. Ni a ti.

Andrei Panikov sí estaba pálido ahora. Volvió la cabeza hacia la casa que había alquilado cerca de la playa, pero no vio nada especial. Luego, miró al desconocido…, y de pronto, desvió la

mirada hacia el mar, y vio la veloz lancha acercándose.

—¿Quiénes sois? ¿Qué pretendéis?

—Nada malo, camarada general.

—Algo estáis tramando… ¡Y tú eres ruso!

—En efecto.

—¡Maldito traidor…!

—Solamente un poco… subversivo —sonrió el barbudo—. Vamos, vamos, no te lo tomes así. ¿Qué tiene de malo pasarse dos días en nuestro amado mar Negro, pescando y descansando de verdad?

—No iré con vosotros.

El rostro del barbudo se endureció. Y esto fue visible incluso pese a las barbas. El barbudo se quitó la toalla del cuello, y de entre los pliegues extrajo una pequeña radio. La accionó. En el acto sonó una voz:

—Dime, camarada.

—El camarada Andrei Panikov no quiere colaborar: cortadle una oreja al simpático Vladimir y traedla aquí.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Por el momento, no.

El barbudo cerró la radio, y se quedó mirando a Panikov. La palidez de éste era ahora impresionante.

La lancha estaba llegando a la playa…

Andrei Panikov dejó caer la cabeza sobre el pecho, y murmuró:

—Iré de pesca con vosotros…

* * *

Prácticamente a aquella misma hora, es decir, poco más de las diez de la mañana, en París, horario francés, el secretario personal del presidente Giscard
D'Estaign
salía de su domicilio en el elegante Boulevard Raspail, frente al cual esperaba su coche con el chófer al volante. Chófer que se apresuró a salir del vehículo y abrirle la portezuela de atrás a *monsieur* Lamartine.

Segundos después, el lujoso automóvil con radioteléfono se ponía en marcha. Y casi enseguida, sonó el radioteléfono. Con un

gesto de fastidio, *monsieur* Lamartine inició el día de trabajo contestando la primera llamada telefónica.

—¿Sí?

—*Monsieur* Lamartine, no se asuste usted, pero lleva una bomba en su coche, justo bajo el asiento que está ocupando ahora.

Lamartine quedó lívido.

—¿Qué dice…? —jadeó—. ¿Quién es usted?

—La bomba está controlada por radio, *monsieur*. Lo que significa que puedo hacerla estallar ahora mismo… o no hacerla estallar nunca. De usted depende. Y otra cosa, *monsieur*: naturalmente, yo le estoy llamando desde un lugar estático, donde hay teléfono, pero un coche con algunos amigos míos le está siguiendo a usted. Puede volverse y comprobarlo. El coche es un Peugeot 454, negro, matrícula de París, SG 8971. Para que usted pueda identificarlo mejor, anoche le pintamos una franja amarilla que parece dividirlo en dos longitudinalmente… ¿Lo ve usted, *monsieur*?

Lamartine, que se había vuelto, tenía los ojos llenos de la imagen de un coche negro, con una franja amarilla, matrícula SG 8971-75, que se mantenía a discreta distancia.

—Sí… Sí, lo… lo estoy viendo.

—Dentro del coche en cuestión viajan dos compañeros míos con los que estoy comunicado por medio de una radio de bolsillo. De esas de espías, *monsieur*, usted entiende. Si usted intenta salir del coche, yo lo sabré en el acto, y entonces, simplemente, enviaré la onda de radio que hará estallar su coche. No quedaría de usted ni los lentes, *monsieur*. ¿Me comprende, *monsieur*?

—Sí, sí… ¡Dios…! Pe-pero, ¿quién es usted, qué… qué quiere?

—Como es natural, *monsieur*, esta conversación radiotelefónica está siendo captada por personal de la central de comunicaciones, y es lógico que en estos momentos se estén poniendo en marcha los dispositivos necesarios para acudir en su ayuda. Vamos a evitar enfrentamientos, *monsieur*. Nada de muertos. Ni un solo disparo, ¿me comprende, *monsieur*?

—Sí… Sí, sí…

—¿Y está de acuerdo? ¿Nada de muertos, nada de bombas?

—Sí, e-estoy… estoy de acuerdo, sí…

—En ese caso, *monsieur*, usted va a ordenar a su chófer que se apee del coche al llegar al primer semáforo. Usted ocupará su lugar,

y conducirá personalmente, siguiendo al coche de la franja amarilla, que pasará delante en cuanto sus ocupantes observen el cambio de conductor. Muy poco después, desde el coche de la franja amarilla, el acompañante del conductor señalará otro coche que estará estacionado en determinado lugar. Nos señalará con el índice, moviendo varias veces la mano hacia delante, como si quisiera pinchar ese otro coche. Entonces, *monsieur*, usted se apeará del suyo, y subirá a ese otro coche. Encontrará dentro de ese coche a dos hombres, uno al volante y otro en el asiento de atrás. Usted se sentará junto a éste último hombre. Luego, *monsieur*, irá pacíficamente con ellos, dejando abandonado su coche, del mismo modo que mis amigos abandonarán en cualquier sitio el de la franja amarilla. *Monsieur*: ¿tiene usted alguna duda?

—No… No.

—Gracias por su colaboración, *monsieur*.

—Pe-pero… ¿qué… de qué se trata, qué… qué es lo que quieren de mí?

—No se preocupe en absoluto. Lo vamos a tener invitado en un bonito castillo, con piscina, pista de tenis, cuadras… Incluso, si lo desea, encontrará un par de lindas muchachas para alegrarle su estancia allí durante unos pocos días. Luego, será usted devuelto a París sano y salvo. Palabra de honor, *monsieur*.

—Sí, le… le creo, pero…

—Tranquilícese. Ah, una última cosa, *monsieur*: no intente echar a correr en cuanto salga de su coche y piense así escapar corriendo de la explosión de la bomba: le acribillarían, *monsieur*. Por el contrario, si usted es sensato, pasará unos días de relax. ¿Estamos de acuerdo, *monsieur*?

—Sí… De… de acuerdo, sí.

—Gracias, *monsieur. A tout alors*!

* * *

En Tokio debían de ser aproximadamente las doce de la noche cuando el embajador norteamericano David Cunningham paseaba por Ginza con su esposa y otros dos matrimonios amigos. Habían tenido una velada agradable, y se disponían a retirarse después de aquel último paseo por la mundialmente famosa avenida, llena de

gente y de colorido.

La conversación, un tanto entorpecida por cierta dificultad en la marcha, versaba sobre la cena. Al parecer, uno de los matrimonios amigos de los Cunningham había llegado a Japón hacía poco, y todavía no acababan de convencerles las comidas niponas.

—Especialmente —decía la dama—, eso del pescado crudo… ¡No puedo soportarlo!

—Todo es cuestión de costumbre, querida Gladys —respondió el señor Cunningham—. Te aseguro que si lo probases sin una previa repulsión hacia él, acabaría gustándote.

—Bueno, quizá sea así, Dave, pero me pregunto por qué debo yo acostumbrarme al pescado crudo.

—¡Ésa es otra cuestión! —rió Cunningham—. Debo admitir que tienes tu parte de razón, de modo que mañana no insistiré. Lo que haré mañana será llevaros a una representación de GO, el teatro japonés.

—¡Eso ya me gusta más! ¡Pero no me digas qué personajes femeninos estarán representados por actores masculinos! ¡Quiero adivinarlo por mí misma!

—Eso te resultará difícil, querida —intervino *mistress* Cunningham—… Los actores japoneses que se especializan en papeles femeninos llegan a alcanzar tal gracia en sus gestos y movimientos que no es posible saber… ¡Cielos, qué barbaridad! ¡Tengan cuidado!

—Pero ¿qué pasa? —barbotó Cunningham—. ¡Estúpidos, miren por dónde caminan!

La súbita oleada de personal nipón había chocado contra el grupo de norteamericanos como si se tratase de una carga de caballería. Fueron zarandeados, empujados, separados unos de otros… En un instante, hubo allí tanta gente por encima de la habitual, que parecía imposible, cosa de magia.

Fue como un remolino humano. Se oían los gritos de las tres damas americanas, los aullidos del grupo de jóvenes japoneses, sus canciones y risas…

David Cunningham, pese a sus esfuerzos, fue metido en un portal por un grupo de jóvenes que no dejaban de reír y de cantar. Lanzando maldiciones, el norteamericano intentó salir de allí, pero el muro humano era insalvable. Como de lejos, le parecía oír la voz

de su esposa, llamándole.

Pero mucho más cerca, justo tras él, oyó la otra voz, en perfecto inglés, mientras notaba el agarrón en un brazo.

—Por aquí, señor Cunningham.

Éste volvió la cabeza, y vio el sonriente rostro de un japonés que no encajaba en el grupo de aullantes jóvenes que ocupaba la salida del portal. Debía de tener algo más de cuarenta años, y sus facciones eran enérgicas y atractivas.

Cunningham experimentó una oleada de ira.

—¡Suélteme! —gritó—. ¡Quite sus manos de…!

—Le sugiero que venga conmigo, señor Cunningham —casi gritó el japonés—. A menos que prefiera usted recibir unas cuantas cuchilladas en el vientre.

—¿Qué…?

—No se preocupe por su esposa: el asunto es contra usted. Quieren matarlo. ¡Venga por aquí!

—Pero…

—¿No lo entiende? —Se irritó el otro—. ¡Soy del servicio secreto japonés, y hemos sabido que se preparaba un atentado contra usted! ¡Vamos, estúpido, venga conmigo!

David Cunningham sintió un denso frío en todo el cuerpo, y, de pronto, que la cabeza le daba vueltas. El japonés tiraba de nuevo de su brazo, y el norteamericano, como desarticulado, lo siguió escaleras arriba, pero balbuceando:

—Mi esposa… ¡Mi esposa, mi…!

—¡No le harán nada a ella! Además, algunos de mis hombres, que esperaban la acción para capturar a los promotores, ya deben de haberla puesto a salvo… ¡Se reunirá con ella dentro de unos minutos, en un coche! ¡Venga por aquí, o nos van a hacer pedazos a los dos, maldito sea!

Los pies de Cunningham aceleraron la marcha escaleras arriba. Llegaron al primer piso, entraron en una habitación… Dentro de la habitación, una preciosa japonesita, desnuda, estaba en una cama con sábanas de color amarillo, realizando plácidamente el acto sexual con un musculoso japonés. Los dos miraron un instante al turulato Cunningham, pero el japonés que tiraba de él lo arrastraba hacia la abierta ventana que daba a un patio interior.

—¡Por aquí, señor Cunningham! ¡Deprisa!

Todavía con la imagen de los dos japoneses en pleno acto de la cópula, Cunningham llegó ante la ventana. El japonés salió a un diminuto descansillo metálico…

—¡Vamos, vamos! —le instó.

Cunningham salió tras el japonés. Descendieron velozmente una escalerilla metálica, y se encontraron en un patio en el que no había un solo árbol o cualquier signo de vida vegetal. Cosa extraña en Japón, pensó, aturdido Cunningham.

—Saltemos esa tapia —señaló el japonés.

Lo hizo en primer lugar, encaramándose ágilmente. Cunningham le siguió. Cuando cayó al otro lado, miró al japonés…, y luego a los otros dos, los tres esperándole. Se quedó tan sorprendido que no tuvo tiempo de la menor reacción cuando uno de los japoneses que hasta entonces no había visto se acercó a él y le apretó contra la boca y la nariz un trozo de gasa doblado varias veces.

David Cunningham, embajador de los Estados Unidos de América en Tokio, todavía quiso resistirse, hacer algo, pero estaba ya sujeto por ambos brazos. Todo lo que pudo hacer fue intentar gritar… Entonces, el cloroformo actuó con más rapidez. Los ojos de Cunningham giraron, mostrando la blancura de la córnea.

Ya no supo nada más.

* * *

En el otro lado del meridiano, concretamente en el sur de España, cerca de la bella, atestada, enloquecedora localidad turística llamada Torremolinos, lucía espléndido el sol, reflejándose cegador en las aguas mediterráneas.

Tumbado en una extensible de lona junto a la piscina del tropical jardín del lujoso hotel donde llevaba varios días alojado, el señor Walter Krapp, director adjunto del Departamento de Relaciones de la Alemania Federal con la Comunidad Económica Europea, gozaba de la hospitalidad del secretario de cierto ministro español que había solicitado conversaciones privadas con él. Para ello, lo había instalado a cuerpo de rey en aquel hotel lleno de sol, de excelentes comidas, y de hermosas mujeres procedentes de todo el mundo. Las conversaciones, ¡ay!, estaban prácticamente terminadas, y *herr* Krapp pensaba en ellas con cierta malicia. Ah, sí,

los españoles eran muy astutos…

¡Unos auténticos zorros! Pero a él no se la pegaba nadie…

De todos modos, las discretas y bien elaboradas propuestas privadas en solicitud de apoyo, no estaban tan mal. Ni siquiera eran tan deshonestas como *herr* Krapp había temido al principio.

¡Y se estaba tan bien allí…!

Asándose placenteramente al sol malagueño, *herr* Krapp rememoró la noche pasada, en la que, en su *suite*, había tenido como… invitada a la ardiente muchacha andaluza.

¡Demonios, cómo se disparaban las españolas…!

El sol se ocultó. Asombrado ante tan insólito contratiempo, *herr* Krapp abrió los ojos. No, no se había ocultado el sol. ¡Ya le había parecido bien extraño, ya…! Simplemente, un hombre, de pie junto a su extensible, se interponía entre *herr* Krapp y el sol.

—¿*Herr* Krapp? —sonrió el hombre, moreno, de mediana estatura, ojos oscuros y cuerpo elegante y fino—. ¿Puede concederme unos minutos?

—Si se aparta del sol, sí —dijo *herr* Krapp.

—Gracias —el hombre acercó una banqueta de madera, y se sentó junto a Walter Krapp—… ¿Está usted pasándolo bien en España, *herr* Krapp?

Walter asintió, con una chispa de interés en sus claros ojos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Me llamo Ginés Vargas, *herr* Krapp. Espero que mi alemán sea lo bastante bueno para usted.

Walter se sorprendió.

—Sí… Sí, es cierto, lo habla usted muy bien, sí.

—Muy amable. Así podremos entendernos. Anoche, señor Krapp, estuvo usted gozando sexualmente de una muchacha llamada Manuela del Campo. Una linda bailarina… ¿La recuerda, supongo?

Walter notó como un mordisco en el estómago.

—No —negó—… Desde luego que no. Ni siquiera sé de qué está usted hablando.

—Entonces, veamos si me explico mejor. Esta mañana hemos tenido noticias… Oh, perdón, no le he dicho cuál es mi profesión: soy el inspector Vargas, de la policía.

—¿La policía? —Walter se sentó en la extensible—. ¿Qué es lo que pasa?

—Bueno, *herr* Krapp, en verdad es algo desagradable… Como le decía, esta mañana hemos tenido noticias, por medio de unos… amigos habituales de la policía, usted ya entiende…

—¿Confidentes?

—Amigos, amigos —sonrió Vargas—… Sí, esos amigos nos han informado de que un grupo compuesto por dos hombres y una mujer, una tal Manuela del Campo, se disponían a someter a chantaje a un ciudadano alemán, llamado Walter Krapp. Usted es Walter Krapp, ¿no es así?

—Sí —casi tartamudeó Walter—… Sí, sí.

—Hemos conseguido detener a Manuela del Campo y a uno de sus amigos, y les hemos… confiscado un juego de fotografías en las que aparecen usted y Manuela del Campo en actitudes digamos… de lo más expresivo. ¿Me entiende, *herr* Krapp?

Walter no podía hablar. Se limitó a asentir con la cabeza. Ginés Vargas volvió a sonreír.

—Lamentablemente, no hemos podido conseguir los negativos, sino sólo unas copias. Estamos… interrogando a la chica y a su amigo, pero no parecen bien dispuestos a decirnos cómo localizar al amigo que está fuera de nuestro control, con esos negativos. No sabemos exactamente cuánto daño podría causarle a usted la divulgación de esas fotografías, pero nos ha parecido que sería… amistoso por nuestra parte evitarle complicaciones a un súbdito alemán que ha tenido la gentileza de honrarnos con su presencia en España. El caso es, *herr* Krapp, que antes de proceder oficialmente de un modo definitivo hemos pensado que quizás usted podría, de un modo u otro, convencer a Manuela y sus amigos de que deben devolverle los negativos.

—¿Quiere decir… pagar el chantaje?

—Mire, *herr* Krapp, nosotros nos comprometemos a buscar al amigo de Manuela, pero no podemos garantizarle que lo encontremos a tiempo de impedir que haga tonterías con esos negativos. Si usted decide no conversar con Manuela, por nosotros está bien. Seguiremos buscando a su amigo, y… ¡que sea lo que Dios quiera!

—¿Dónde está Manuela? ¿En la Jefatura?

—No, no, desde luego…, por ahora. Pero tendremos que llevarla allí si las cosas no se arreglan pronto. Bien, *herr* Krapp, usted tiene

la palabra. ¿Quiere o no quiere intentar un acuerdo… razonable con Manuela del Campo?

—Bueno… No sé… ¡Maldita sea!

—Espero que usted entienda, *herr* Krapp, que mi actuación, por cierto poco oficial, está destinada únicamente a evitarle problemas *a usted*.

—Sí, sí… ¿Dónde… dónde está esa… esa…?

—Tengo un coche esperando frente al hotel. Si usted lo desea, puedo esperarle en él mientras sube a vestirse.

—¿Es un coche de la policía? —exclamó Krapp.

—¡Por supuesto que no!

—Bien… Sí, de acuerdo. Yo… Bueno, creo que debo agradecerles…

—Bah, bah, bah, *herr* Krapp. No tiene importancia. Nosotros nos sentimos felices de poder evitar escándalos y contrariedades. ¿Le parece suficiente diez minutos?

—Sí… Sí, dentro de diez minutos me reúno con usted en el coche, inspector Vargas. Y de nuevo gracias.

Ginés Vargas sonrió simpáticamente.

—A usted, *herr* Krapp.

* * *

El planeta Tierra dio otra vuelta sobre sí mismo, consumiendo otro día.

En la Central de la CIA, en Langley, una docena de enfurruñados caballeros se hallaban reunidos en una sala privadísima dentro del edificio donde se cocían todos los guisos del espionaje norteamericano.

Sobre la gran mesa ovalada, había un mensaje transcrito a un gran folio blanquísimo tras haber sido recibido por la estación radial central de la Central Intelligence Agency.

El mensaje decía:

COMUNIQUEN USTEDES A LOS RESPECTIVOS SERVICIOS SECRETOS Y GOBIERNOS QUE TENEMOS EN NUESTRO PODER A DETERMINADOS PERSONAJES DE LA POLÍTICA, LA MILICIA Y LA ECONOMÍA, QUE SÓLO

SERÁN PUESTOS EN LIBERTAD CUANDO MIL ESPÍAS RETENIDOS INNECESARIAMENTE EN LAS PRISIONES DE TODO EL MUNDO SEAN PUESTOS EN LIBERTAD EN LAS CONDICIONES EN QUE, HACE UNA SEMANA, LES EXPLICÓ EL SEÑOR MINORU ESAKI.

DICHOS CABALLEROS EN NUESTRO PODER SON:

General soviético Andrei Panikov, Diplomático francés Pierre Lamartine, Embajador norteamericano David Cunningham, Economista alemán Walter Krapp, Estadista suizo Hans Viermayer, Líder socialista italiano Guido Petrucci… y seguirán otros.

Saludos: *SPY*.

—Muy bien —tronó una voz—… ¿Qué hacemos?

—Darle una buena lección a Baby —sonó una voz.

—¿Por qué a ella?

—Vamos, vamos… Todos sabemos que esto sólo ha podido organizarlo esa endiablada muchacha. Un detalle revelador: el mensaje ha sido presentado a la CIA, para que ésta se ponga en contacto con los demás servicios secretos. Eso es propio de Baby: simplemente, nos está utilizando…, lo que aún es más propio de ella. Y luego, toda la organización que ha requerido esas acciones en Rusia, Francia, Japón, España… ¡Y en sólo cuatro días! Conocemos bien a nuestra estimada agente N. Y. 7117, ¿no es cierto? Sabemos que le hicimos una mala jugada cuando no aceptamos las condiciones que ella impartió al señor Esaki, cuando no presionamos a los rusos ni a nadie para que los agentes prisioneros sean puestos en libertad… ¡Y ella nos ha devuelto la jugada! ¿Sí, Cavanagh? ¿Quiere usted decir algo?

Mr. Cavanagh, jefe del grupo de Acción Mundial de la CIA, y amigo personal y querido de la señorita Brigitte *Baby* Montfort, asintió con su leonina cabeza.

—Quiero recordarles a todos ustedes que durante estos días en que han estado secuestrando a esas personas, la agente N. Y. 7117 Baby ha permanecido en determinado lugar, tomando el sol, en compañía del hombre que ama. Eso ha sido comprobado. Lo que

significa…

—Lo que significa que ella no ha intervenido personalmente, pero ha movido los hilos de toda esta tramoya utilizando a toda una caterva de agentes secretos amigos suyos en todos los países. Sabemos perfectamente que Baby tiene amigos en Rusia, en China, en Japón, en Francia… ¡Maldita sea mi estampa, tiene en todo el mundo amigos que harían por ella mucho más que cazar a unos cuantos bobos! Y no sólo amigos de quinta categoría, sino agentes de primerísimo orden. Sabemos muy bien que ella puede haber conseguido fácil contacto con esos agentes de primera categoría, y que, en sus respectivos países, esos agentes, la han obedecido, simplemente como muestra de afecto personal, movilizando compañeros suyos de inferior categoría, pero, por supuesto, dispuestos a todo con tal de que la SPY se salga con la suya… ¡Y mientras docenas de agentes vulgares se movían al son de la música de Baby, ella ha estado tomando el sol…! ¡Y no me diga que usted no ha comprendido esto, Cavanagh!

Cavanagh sonrió divertido, sin poder contenerse.

—Bueno, no nos consta que sea así. Son sólo suposiciones.

—¡Suposiciones! ¡Usted es quien mejor conoce a esa… esa chiflada! ¿Puede o no puede ella haber organizado todo esto?

—Como poder, puede perfectamente, pero si está tomando el sol…

—¡Está tomando narices! ¡Ha sido ella! ¡Y le vamos a exigir que ponga en libertad inmediatamente a todos esos hombres!

Se hizo el silencio. Cavanagh contemplaba con gesto de pasmo al hombre que había hablado en último lugar. Por fin, movió la cabeza, y sus largos cabellos como melena de león oscilaron.

—Bueno —dijo muy sosegado—, me pregunto qué haremos si ella no sólo se niega a obedecer, sino que niega tener a esos hombres. En mi opinión, sería más acertado por nuestra parte iniciar las negociaciones con todos aquellos países de los que tenemos prisioneros.

—¡Usted habla así porque también fue espía de Acción, y naturalmente, está de parte de Baby! ¿O no?

—Naturalmente que sí —admitió Cavanagh—. Y sólo quiero recordarles una cosa más: cada vez que Baby ha querido conseguir algo, lo ha conseguido, simplemente. Y ni nosotros ni nadie

podremos impedir que también esta vez…

Cavanagh se interrumpió al oír el zumbido sobre el marco de la puerta de la sala. El presidente de la reunión apretó un botón de la mesa, y afuera se encendió una luz verde.

Un hombre entró, portando un gran folio.

—¿Qué pasa ahora? —Casi le increpó el presidente.

—Señor, han llegado dos nuevos mensajes relativos a secuestros. Uno en Holanda, y otro en Israel. Los secuestrados son…

—¡No nos importa quiénes son los secuestrados! ¡Lo que queremos saber es dónde está Baby ahora!

—Donde ha estado todos estos días, señor: tomando el sol en la isla de Malta.

—Pues aunque ella no se haya movido de allí, ¡todos sabemos que es la directora de todo esto! ¿Qué tiene usted que decir a esto, Cavanagh?

—Lo iba a decir antes: hagamos lo que hagamos, ella se saldrá con la suya. Toda resistencia por nuestra parte, es inútil. Y voy a recordarles todavía otra cosa: nuestra actitud nos está poniendo en el más que probable trance de perder de una vez por todas los servicios inestimables de la agente Baby. Y eso, caballeros, sí sería un auténtico golpe para la CIA. No tengo nada más que decir.

Capítulo VII

—¿Qué me dices? —inquirió ansiosamente Brigitte, mirando con los ojos muy abiertos a Número Uno.

Éste, todavía ataviado con los viejos *shorts* y la vieja camisa, descalzo, revuelto el cabello, y en las manos la tierra del jardín, en el que había estado trabajando, no contestó, de momento.

Parecía enormemente concentrado, ausente la mirada, especulativo el gesto. Volvió a probar el contenido de la cuchara que le había ofrecido Brigitte, siempre contemplado por ésta, que había contagiado su ansiedad a *Mamma* Maria. En la cocina de Villa Tartaruga reinaba la tensión mientras el señor Tomasini probaba de nuevo el guiso preparado *en exclusiva* por Brigitte.

Por fin, Número Uno dijo:

—Excelente.

Los ojos maravillosos de la espía se abrieron todavía más.

—¿De verdad? —exclamó. Él frunció el ceño.

—¿Alguna vez te he mentido? —refunfuñó.

—Oh, sí… ¡Ya lo creo que me has mentido muchas veces! —exclamó Brigitte—. ¡Pero sería demasiado cruel por tu parte mentirme en esto! ¿De verdad te gusta?

—Ya te he dicho que está excelente. Sólo que…

—¿Qué? —exclamaron a la vez Brigitte y Maria.

—Digamos que es una comida más adecuada para el invierno que para el verano. Y estamos prácticamente en verano, ¿no?

—¡Oh! —gimió Brigitte.

—¡*Signore*, es usted malo! —amonestó Maria—. ¡Con el trabajo que ha tenido la pobre *signorina* para preparar este guiso! ¡Y sin mi ayuda!

—Eso sí es realmente meritorio —admitió Uno, dejando la cuchara—… Y si la *signorina* continúa guisando así, no tendré más remedio que despedirte, Maria: ya no serías necesaria aquí.

Mamma Maria palideció. ¿Marcharse ella de Villa Tartaruga, donde llevaba tantos años? ¿Dejar al *signore*, al hombre más bueno y generoso que había conocido? ¿No volver a ver a la *signorina*, ni la expresión del *signore* cada vez que ella llegaba para pasar varios días, como en esta ocasión, en Villa Tartaruga…? ¡Santísima Madona!

—Esta vez te has pasado de cruel —murmuró Brigitte.

—Bueno, de alguna manera tengo que defenderme… No es fácil luchar contra dos mujeres aliadas.

—Verdaderamente, a veces te pones de un antipático insoportable, mi amor.

—Claro que no. —Uno guiñó un ojo a *Mamma* Maria—. Apuesto cualquier cosa a que Maria sabe que no podría vivir sin ella… ¿Cierto, Maria? Bueno, voy a ducharme.

Salió de la cocina. Maria estaba atónita. Miró a Brigitte todavía como fascinada.

—*Signorina*, ¿ha visto? ¡El *signore* me ha guiñado un ojo!

—Debe de estar contento de ti por las buenas comidas que le preparas y lo bien que cuidas de la villa —sonrió Brigitte.

—¡Pero qué comidas ni qué villa…! ¡El *signore* está tan contento, como cambiado, porque lleva usted aquí casi dos semanas seguidas! Bueno, menos aquellos días que estuvieron fuera… ¡Está contento por eso!

—¿Seguro? —sonrió de nuevo Brigitte.

—¡Segurísimo! ¡Si lo conoceré yo!

—Vaya… Me parece que voy a preguntárselo.

Cuando Brigitte entró en el gran cuarto de baño del dormitorio del primer piso con vistas a la parte frontal del jardín, Número Uno terminaba de desnudarse, y se disponía a entrar en la bañera. Se quedó mirando a Brigitte mientras ésta se desnudaba rápidamente, y se le anticipaba entrando en la bañera.

—Te ayudaré a quitarte toda esa tierra del jardín —dijo la bellísima espía, sonriendo—… Cosa que supongo no suele hacer Maria. ¿O sí?

Número Uno entró en la bañera, y, sin contestar, abrió el grifo del agua fría: el chorro pulverizado de agua cayó sobre la cabeza y pecho de Brigitte, que lanzó una exclamación.

—¡Cielos, qué fría…!

Él la abrazó por la cintura, y ella alzó el rostro. El agua cayó sobre ambos rostros mientras se besaban, colgada ahora Brigitte del cuello de Número Uno. En un instante, el agua dejó de parecerles fría. En realidad, ni siquiera existía el agua. No existía nada para ellos, salvo ellos mismos… Al cabo de una eternidad, sus bocas se separaron.

—¿Me enjabonas ahora o luego? —susurró Uno, junto a una orejita de Brigitte.

—Hueles a flores y a tierra —rió ella, quedamente—… ¡Me encantan esos olores! Además —lo besó en la barbilla—, estoy notando perfectamente que tú prefieres que te enjabone después…

El zumbido del helicóptero se oyó casi media hora más tarde, cuando ya ambos habían terminado de ducharse y Brigitte se estaba secando el cabello con una espesa toalla, mientras Número Uno, sentado en el borde de la bañera, contemplaba su armoniosa desnudez. Se miraron, y ella sonrió.

—Sigo pareciéndote una ninfómana, claro.

—Afortunadamente. ¿Contestas tú o lo hago yo?

—Yo.

Brigitte salió del cuarto de baño, fue a la mesita de noche del dormitorio, y tomó la radio que hacía días tenían allí. Sabían que la llamada tendría que producirse. Y así fue.

—¿Sí? —contestó Brigitte.

—Simón y Simón en misión de contacto con Baby —sonó la voz masculina por la radio—… ¿Contacto conseguido?

—Conseguido.

—Se ruega su presencia urgente en Ginebra.

—¿Dónde he oído yo eso antes de ahora? —preguntó con gracioso tono cómico la espía más peligrosa del mundo.

Se oyó una risita en la radio. Número Uno llegó junto a la cama, se sentó en ésta, y sentó a Brigitte en sus rodillas. Ella también rió…, y su piel se estremeció de pies a cabeza cuando Uno la besó en la garganta mientras le acariciaba un seno…

—No, no —rió descaradamente el hombre del helicóptero—… Usted tenía que haber preguntado: ¿motivos?

—Oh, sí, es cierto —consiguió decir Brigitte, notando los labios de Uno ahora en un hombro—… ¿Motivos?

—Parece ser que mil agentes secretos de todas las

nacionalidades van a ser puestos en libertad… Gracias, Baby.

—¿Gracias? ¿A mí? ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido decirlo, eso es todo. ¿Estará en Ginebra mañana?

—Estaré en Ginebra. *Ciao*, Simón.

—*Ciao!*

Brigitte cerró el contacto. Durante unos segundos todavía se estuvo oyendo el rumor del helicóptero…, mientras oleadas de calor estremecían el cuerpo de Brigitte, de nuevo en brazos de Número Uno…

* * *

El secretario general de la ONU, señor Minoru Esaki, acudió al encuentro de la venerable anciana con la mano tendida y una sonrisa en los labios.

—Sea bien venida… ¡Lo digo sinceramente!

La anciana aceptó la mano del japonés, y acto seguido se sentó. El señor Esaki, instalado en una villa cerca del lago Leman, la miraba con interés y admiración. En la puerta del salón, dos de los cuatro hombres que habían conducido hasta allí a la anciana. Ésta los miró, y les sonrió.

—Gracias. Y hasta luego.

Simón y Simón también sonrieron, y abandonaron el salón. Esaki los estuvo mirando hasta que la doble puerta se cerró. Entonces, volvió a mirar a la anciana.

—Me consta que algo así como tres docenas de agentes de la CIA se han desplazado a Ginebra especialmente para asegurarse de que usted no iba a ser… molestada en modo alguno. Parece que tiene usted gran ascendencia entre esos hombres.

—¿Por qué será? —preguntó la anciana.

Esaki soltó una carcajada, observado especulativamente por Brigitte. Sí, posiblemente el japonés estaba bien elegido. Era simpático, y desde luego, inteligente. Y amable…, lo que demostró descubriendo un cubo de plata con una botella de champaña enfriándose. Sacó la botella, y mostró la etiqueta a la anciana.

—¿Es la marca adecuada?

—Está usted bien informado, señor Esaki.

—Sólo de algunas cosas. Pero cuando dije que me gustaría recibirla como se merece, alguien me dijo que podía predisponerla a mi favor si la invitaba a Dom Perignon. Lamentablemente, las guindas sólo he podido conseguirlas en conserva.

—Basta con su buena voluntad.

—Gracias. —Esaki le tendió una copa, en cuyo fondo se veía la forma roja de la guinda—… Quisiera ser lo bastante elocuente para convencerla de que mi buena voluntad ha existido en todo momento.

—¿A qué se refiere?

—Bueno… La otra vez las cosas no salieron como usted deseaba, ¿no es cierto?

Brigitte bebió placenteramente un sorbito de champaña. En el gran ventanal se reflejaba el sol casi estival del mediodía.

—Es cierto —dijo.

—Le aseguro que no fue culpa mía —murmuró Minoru Esaki.

—Lo sé bien.

—¿Lo sabe? —El japonés, copa en mano, se sentó frente a ella—. ¿Sabía usted que yo cumplí todo lo que pactamos, que intenté convencer a todos de que…?

—Señor Esaki, no se esfuerce, ni pida más disculpas. Llevo muchos años en el espionaje, y ya he aprendido no sólo a identificar las acciones de determinados grupos, sino a conocer a las personas. El champaña está perfecto: adecuadamente frío. Gracias.

—Bueno, es usted extraordinaria —sonrió de pronto el japonés—… Finalmente, lo ha conseguido. He recibido determinadas peticiones por parte de Washington, Paris, Moscú, Pekín y otras procedencias para que… oriente de un modo discreto este asunto. Se me ha pedido que le sugiera a usted la conveniencia de no dar publicidad internacional a este asunto, y que… Bueno, en pocas palabras: todos están dispuestos a dejar en libertad a sus prisioneros espías, pero en el más completo silencio: nada de asambleas, nada de conferencias de prensa. ¿Está usted de acuerdo?

—No soy una estúpida intransigente, señor Esaki, así que estoy de acuerdo. Lo importante es que los dejen en libertad, y eso sí, con las condiciones que le expliqué a usted.

—Sí, sí, eso está aceptado. ¿Le parece bien? ¿Podemos… cerrar el trato?

—Desde luego. ¿Cuándo los liberan?

—Entiendo que tras la aceptación de usted todos quedarán en libertad en el plazo de cuarenta y ocho horas.

—Muy bien. —Brigitte bebió otro sorbito de champaña—… Yo tengo la esperanza de que determinadas personas hayan comprendido la inutilidad de intentar engañarme, señor Esaki. Quiero decir que si esos mil espías no son puestos en libertad en el plazo de dos días, lo sabré. Y de un modo muy sencillo: los miembros de la SPY en todo el mundo me lo harían saber, ellos están al acecho de ese momento… ¿Me he explicado bien?

—Sin duda. Emmm… Bueno, tengo que preguntarle si los… rehenes están… bien.

—¿Los rehenes? ¿Qué rehenes?

—Caramba… Pues el general Panikov, el señor Krapp, el…

—¿Quiénes son esos señores?

Minoru Esaki se desconcertó visiblemente.

—Pero tengo… tengo entendido que usted los retiene…

—¿Yo? ¡Qué disparate! Es la primera vez que oigo esos nombres, señor Esaki, se lo aseguro.

—Pe-pero… pero esos hombres…, varios personajes importantes han desaparecido, y se supone que…

—¿Desaparecido? ¡Bah, bah, señor Esaki…! Ya verá usted como reaparecen en cualquier momento, y le dirán que han estado pescando, o pasando unos días con unos amigos en un castillo, o en un yate paseando por el Mediterráneo… ¡Seguro que es eso! En lo que a mí respecta, sólo tengo que agradecer la amabilidad de usted y la… gran bondad de las personas que finalmente, tras recapacitar, han decidido dar libertad a mil pobres espías. ¿Verdad que las cosas son así, señor Esaki? Bondad, pura bondad. ¿Verdad?

El secretario general de la ONU no había estado tan pasmado en toda su vida.

—Pero… ¿está usted hablando en serio? —exclamó, por fin.

—Naturalmente. ¿Acaso no cree usted en la bondad? Vamos, señor Esaki, era natural que, finalmente, se comprendiera que era una tremenda brutalidad mantener mil personas encerradas. Por otra parte, todos han salido ganando, ya que recuperan ciudadanos que, alejados ya definitivamente del espionaje, podrán ser útiles en sus respectivos países. ¿No le parece?

—Sí… Claro, sí.

La anciana terminó su copa de champaña, y se puso en pie, imitada velozmente por Esaki.

—Hay que tener fe en la Humanidad, señor Esaki. En muchas ocasiones yo he quedado terriblemente desengañada, pero siempre reincido, siempre vuelvo a decirme a mí misma que no todo puede ser malo definitivamente, y vuelvo una y otra vez a tener fe en mis semejantes. Y, ¿ve usted?, esa fe está justificada. Ahí tiene a los rusos y los chinos, que ahora no se aman precisamente, pero que están dispuestos a devolverse prisioneros… ¿No es hermoso esto, señor Esaki?

Minoru Esaki consiguió salir de su pasmo, y comenzó a farfullar rápidamente en japonés. La anciana le sonrió divertida.

—En inglés, por favor, señor Esaki.

—¡Usted sabe muy bien que todos han actuado presionados por las circunstancias que usted ha creado al obtener once rehenes en varias partes del mundo!

—Pero, señor Esaki —chispearon irónicamente los azules ojos de la anciana tras los redondos lentes—, ¡si yo no sé nada de nada! Todo lo que he estado haciendo estos días ha sido tomar el sol… ¡Ni siquiera he leído los periódicos…! Por favor —terminó, tendiendo su mano la anciana—, espero que no cometa usted la descortesía de decirme que miento.

Minoru Esaki parpadeó. Movió la cabeza, sonrió, tomó la juvenil mano que se le tendía, y la besó.

—Por supuesto que no, señora.

* * *

Desde el coche, Número Uno vio a la anciana apearse del coche en el que había estado viajando desde que abandonara el chalé donde estaba instalado Minoru Esaki. La anciana quedó en el borde de la carretera, y el coche se alejó, con los agentes de la CIA en su interior.

Durante un minuto, Número Uno estuvo mirando a todos lados, atento a una posible jugarreta por parte de alguien. Pero no parecía que fuese a suceder nada semejante, así que, finalmente, condujo hasta el lugar donde esperaba la anciana. Ésta entró en el coche, se

sentó a su lado, y se quitó los lentes.

—¡Bueno…! —exclamó—. Parece que todo está solucionado, mi amor.

—¿Los van a soltar? ¿Realmente?

—Dentro de dos días como máximo. Seguramente, algunos están siendo liberados en estos momentos. Y esta vez va en serio.

—Es de esperar que sí. Para ellos sería demasiado tentar a la suerte volver a jugar sucio. Nuestros amigos que han estado haciendo el trabajo bajo nuestra dirección podrían enfadarse, y la próxima vez ser menos amables con los rehenes.

—¡Sssst…! —Se llevó la anciana un dedito a los labios—. ¡Nosotros no sabemos nada de eso, mi amor!

—Claro —casi sonrió Número Uno—… Bien, ¿qué hacemos ahora? ¿Volvemos a casa a esperar esos dos días o…?

—No, no. Ya sabemos que esta vez todo irá bien, así que me parece oportuno y correcto ir a Alemania para darles la buena, buenísima noticia a nuestros buenos amigos Lev Banof y Cheng Mao… ¿No te parece?

Capítulo VIII

Mao estaba moviendo el brazo, observado por Banof, que preguntó:

—¿Cómo va? ¿Todavía te duele?

—Un poco. Muy poco, casi nada… Ella hizo una buena cura.

—Bueno, la herida tampoco era demasiado importante, de todos modos. Al menos, para ti. Para mí, seguramente habría tenido consecuencias peores. ¡Soy ya viejo, Cheng!

—¿A qué viene eso ahora? —sonrió el chino. El ruso encogió los hombros.

—Estaba pensando que si yo hubiese estado en el apartamento de Colonia cuando os atacaron, no habría podido escapar… Ya no soy tan ágil como hace unos años.

—Olvídalo. Lo que debes hacer es congratularte de tu suerte por haber salido a comprar víveres precisamente en aquellos momentos. En realidad, eso nos fue bien a todos.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Banof.

—Si tú hubieses estado en el apartamento cuando llegaron aquellos asesinos de la CIA, o de la MVD, o del servicio que fuese, quizá te habrían matado. Y en todo caso, como no habríamos querido dejarte solo, habrías dificultado nuestra fuga por la ventana de la cocina… De modo que bien están las cosas.

Lev Banof quedó pensativo, sombrío. Por fin, susurró:

—Pero me habría gustado estar allí, sí… Quizás os hubiese podido ayudar, y los pobres Plaz y Vo Pao no hubiesen muerto.

—Bueno, ¿eres masoquista, quizá? —Gruñó Cheng Mao—. ¡Deja de torturarte! Sencillamente, no estabas allí, y eso es todo. Igual podría haber sido yo el que hubiera salido a comprar víveres, ¿no?

—Sí… Claro. Bueno, lo mej…

—¡Cheng! —Les llegó la voz.

Los dos miraron vivamente hacia donde estaba detenido el coche y el remolque-vivienda en el que llevaban varios días viajando de

un lado a otro, siempre sin salir de la Alemania Federal… Junto a la puerta de acceso al remolque, uno de los tres jóvenes espías que en todo momento les habían acompañado estaba haciendo gestos de llamada con el brazo. Se pusieron en pie rápidamente, y se alejaron de la orilla del riachuelo que habían estado contemplando. Ocurriera lo que ocurriese, al menos habían pasado unos días agradables y tranquilos. La agente Baby lo había tenido en cuenta todo, no habían carecido de nada en el remolque…, ni siquiera de una radio, con onda especial y cuyo alcance era muy superior a las de bolsillo habituales.

—¿Qué ocurre, Kontec? —Llegó preguntando Cheng.

—Ella está a la radio —señaló el espía hacia el interior del remolque—: quiere hablar con uno de vosotros.

—¿Baby? —exclamó Banof.

—Claro.

—Será mejor que hables tú, Lev —dijo Cheng.

—De acuerdo.

Entraron los tres al remolque. Los otros dos jóvenes y apuestos espías, uno de ellos el que había dicho ser un Simón y que antes le matarían a él que lastimar a Baby, estaban tumbados en dos literas desplegadas, fumando. Estaban en un paraje tranquilo, poco frecuentado… Durante aquellos días habían estado temiendo ser detectados, pero nada inquietante había sucedido.

—¡Sí, diga! —exclamó Banof, ante la radio—. ¡Soy Banof!

—Buenas tardes, Lev —sonó la inconfundible voz de la espía americana—… ¿Todo va bien?

—Sí, sí, no hemos tenido ningún problema, hasta el momento… ¿Dónde está usted?

—Eso es precisamente lo que yo iba a preguntarle, a fin de reunirme con ustedes y dejar establecida nuestra futura relación con respecto al funcionamiento de la victoriosa SPY.

Lev Banof y Cheng Mao lanzaron sendas exclamaciones. El chino se inclinó sobre el micrófono.

—¿Lo ha conseguido? —Casi gritó—. ¿Van a hacerlo?

—Hola, Cheng, ¿qué tal?

—¡¿Van a hacerlo?! —insistió Mao.

—Dentro de unas cuarenta horas, todos los agentes secretos sin… categoría humana, estarán en libertad.

—Lo ha conseguido —casi tartamudeó Banof—... ¡Ella ha conseguido…!

—¿Seguro? —insistía Cheng Mao—. Baby... ¿seguro?

—Seguro. Pero no hablemos más por radio. Díganme dónde están y concretaremos un punto exacto para encontrarnos en cuanto se haga de noche.

—Sí... Sí, sí, un momento, vamos a mirar el mapa... ¡Trae el mapa, Dieter! Uno de los jóvenes tumbados en las literas se apresuró a acercarle el mapa a Cheng, que lo desplegó. Banof señaló enseguida un punto del mapa.

—Estamos aquí, entre Sinspelt y Oberwéiss, en la ruta hacia Neuerburg... ¿Baby?

—Le oigo, Lev.

—Bueno, estamos cerca de la E 42, a la altura de Bitbürg, cerca de la frontera con Luxemburgo. El punto exacto es...

Dos minutos bastaron para que el lugar de la cita nocturna quedase concretado entre Brigitte *Baby* Montfort y los artífices iniciales de la SPY.

* * *

A las nueve en punto de la noche, las luces de uno de los automóviles que circulaban por aquella carretera se salieron de ésta, y quedaron enfocadas hacia el camino. Durante un centenar de metros, parecieron ir saltando sobre éste. Luego, las luces se detuvieron. Se apagaron. Diez segundos más tarde brotó la primera ráfaga de los faros, y la señal continuó durante tres segundos más.

—Ahí está —murmuró Banof—... ¡Contéstale, Cheng!

Sentado al volante del Mercedes orientado hacia la carretera y entre los árboles, Cheng Mao pulsó la palanca de las luces, enviando la señal de respuesta. Del otro coche llegó una última ráfaga de luz. Luego, ésta quedó apagada definitivamente. Cheng Mao y Lev Banof salieron del coche, y se alejaron unos metros de éste, en dirección hacia donde había quedado el otro.

La silueta femenina apareció pronto ante ellos. Lev Banof lanzó una exclamación, y corrió hacia Baby, con la mano tendida, el gesto gozoso.

—¡Lo hemos conseguido! —Casi gritó—. ¡Lo hemos hecho,

hemos podido con ellos…!

—¿Qué tal, Lev? —sonrió Baby, estrechando la mano del ruso—. ¿Cheng? ¿Cómo va su brazo?

—Prácticamente normal —aseguró el chino, sonriendo en la semioscuridad—… ¿Cómo lo ha hecho? ¡Queremos saber cómo lo ha hecho!

—¿No tienen café para esta fatigada viajera? —rió Baby.

Entraron en el remolque, riendo los tres. Allí, los tres jóvenes espías miraron como fascinados a la espléndida rubia de ojos verdes, y sonrieron cuando ella les guiñó simpáticamente un ojo.

—¿Qué tal, muchachos? ¿Cómo les han sentado estas cortas vacaciones recorriendo Alemania en plan turístico?

Los tres se echaron a reír. Cheng se apresuró a preparar café, mientras los tres espías aseguraban que aquello sí que era vida, y no andar por ahí acosados como perros… La rubia frunció el ceño.

—Pero no debemos confiarnos —murmuró—… Dudo mucho que alguien me haya seguido, pero no me gustaría que nos sorprendieran… A menos que estén muy cansados, les agradecería que salieran a vigilar mientras nosotros charlamos. ¿Están cansados?

Los tres volvieron a reír, y se dirigieron hacia la puerta. En el remolque quedaron solamente Banof, Mao y Baby. Ésta encendió un cigarrillo, contemplada por Lev Banof, que parecía fascinado, y, sin lugar a dudas, el hombre más feliz del mundo.

—No puedo esperar más… ¡Díganos cómo lo ha hecho!

Brigitte Montfort sonrió. Comenzó a relatar el desarrollo de sus planes utilizando espías amigos en diversos países. De cuando en cuando, Lev Banof, más expresivo que Cheng Mao, lanzaba una exclamación de asombro, de admiración. Brigitte había tomado ya una taza de café, y, tras encender el segundo cigarrillo, dijo de pronto, como si tal cosa:

—Lo lamentable de todo esto es que, después de haber conseguido tanto, no voy a tener más remedio que matarlos a ustedes.

Lev Banof quedó pasmado. Cheng Mao no alteró un solo músculo de su oriental rostro. Por fin, Banof susurró:

—Pero… ¿qué dice?

—Lev, me consta que el señor Esaki no nos delató. No sólo no

tenía ni idea de dónde estaba el apartamento donde mataron a Plaz y a Vo Pao, sino que, aunque lo hubiera sabido, no lo habría dicho. Me consta. Y no sólo por una impresión personal, sino porque él me lo ha dicho esta mañana…, y yo le he creído.

—No… no comprendo lo que quiere decir…

—Quiero decir que fueron ustedes quienes mataron a Plaz y a Vo Pao. Ya no los necesitaban, y tenían que proporcionar víctimas de la SPY, indisponer a los miles de agentes secundarios de todo el mundo contra sus respectivos servicios secretos. Por eso, asesinaron a Vo Pao y Plaz, y se marcharon de allí, simulando que «asesinos de la CIA o de la MVD» los habían atacado. En cuanto a su herida del brazo, Cheng, se la debieron de hacer, eso sí, con mucho cuidado, sus propios amigos, o el propio Banof. Al decir sus amigos, me refiero a esos tres hermosos muchachos que he sacado de aquí…, y entre los que, por muy bien que uno de ellos haga su papel, no me ha convencido de que sea uno de mis Simones. ¿Correcto?

—Usted… usted debe de estar loca —jadeó Banof—… ¡Claro que no fue así!

—¿No? ¿Cómo fue, camarada Banof?

—Bueno, exactamente no lo sé, porque yo había salido a…

Lev Banof se calló. Parpadeó. Volvió la mirada hacia el chino…, y se quedó mirando con fijeza la pistola que había aparecido en la mano de Cheng Mao. Sus labios temblaron un instante antes de poder murmurar:

—No… No, no, no…

Brigitte lo miró apaciblemente.

—¿De modo que salió usted del apartamento? Bueno, Lev, si eso es cierto, le diré que fue entonces Cheng quien realizó toda la jugada, para dar mayor realce a toda la actuación de la SPY. Él sabía que Baby acabaría consiguiéndolo todo, pero había que darle más garra al asunto, y nada mejor que ofrecer mártires de la SPY, para unir más a todos los espías secundarios del mundo. Pero no comprendo por qué o para qué… ¿Puede explicármelo usted, Cheng?

—Al parecer —sonrió fríamente el chino—, usted no se ha dado cuenta de que tengo una pistola en la mano.

—Lo veo perfectamente. Pero puesto que voy a morir, tengo derecho a una pequeña explicación, ¿no le parece?

—Es muy simple. Realmente, quería organizar la SPY, y gracias a usted lo he conseguido. ¿Con qué propósitos? Muy sencillo: dentro de poco tiempo, lentamente, la SPY se iría convirtiendo en… una auxiliar del Lien Lo Pou. Es decir que, considerando la… amistad y confianza entre los espías de escasa categoría de todo el mundo, China dispondría de la mayor red de espionaje jamás concebida. Todos los espías relajarían un tanto su tensión habitual, y, siempre pensando en servir a la SPY, es decir, a ellos mismos, se irían comunicando pequeños secretos que, cada uno solo y por sí mismo, no sería gran cosa, pero que, sumados, analizados y relacionados, mantendrían siempre al Lien Lo Pou a la cabeza del espionaje mundial. Como usted sabe, los chinos, es decir, los no blancos en general, tenemos dificultades lógicas cuando se trata de operar en países de raza blanca, o de cualquier otra raza. Pero por medio de la SPY, nosotros, el Lien Lo Pou, lo sabríamos prácticamente todo, con el mejor conjunto de espías del mundo. Una red amplísima, cómoda y barata. ¿Me he explicado?

—Para mí, sí —asintió Brigitte—. ¿Y usted, Lev? ¿Lo ha entendido?

El ruso, que miraba fijamente al chino, susurró:

—¿Quieres decir que desde el principio me engañaste, Cheng? ¿Que todo estaba pensado, más que en ayudar a nuestros compañeros de quinta categoría, en organizar la mayor red de espionaje jamás ideada… al servicio de tu Lien Lo Pou?

—Exactamente. Pero, Lev, no soy de tu categoría como espía. —Cheng Mao sonrió desdeñosamente—… Soy el número uno de China, el mejor…, por muy tonto que te haya parecido durante esta larga, aburrida…, pero fructífera operación.

—¿Se da cuenta, Lev? —dijo Brigitte—. ¡Nada menos que el número uno de China! Hace unos años, yo conocí al que entonces era el número uno de China —el rostro de la espía se ensombreció —… Pero la CIA lo mató[5]. Se llamaba Wang Wu. ¿Lo conoció usted, Cheng?

—¿A Wang Wu? —se impresionó Mao—. Sí, desde luego.

—Él valía un millón de veces más que usted…, y lo mataron. Cheng, quiero que sepa una cosa: no es fácil engañarme a mí, a estas alturas. Siempre se me puede tomar un poco el pelo, defraudarme, hacerme bailar un poco al son que tocan…, pero al

final siempre, siempre, siempre mi inteligencia me lleva a la solución final. Como esta vez: yo sabía que ustedes dos, o uno de los dos, estaba haciendo su propio juego. Lo… presentía. Pero mientras nadie murió, la cosa no acababa de concretarse, de aclararse en mi mente. Sin embargo, cuando murieron Vo Pao y Plaz, comencé a pensar… Bien, ya no importa. Sea como sea, se ha conseguido algo importante: mil espías están volviendo a sus casas, han dejado de pudrirse lentamente en cientos de cárceles. Por todo esto, Cheng, le doy las gracias en nombre de nosotros, los espías.

—Yo también soy un espía, ¿no? —sonrió Cheng Mao.

—No. Usted es sólo un cerdo asesino con cierta astucia. Eso es todo. Su inteligencia está muy por debajo del nivel de la mía. ¿Quiere que se lo demuestre?

—Inténtelo.

—Muy bien. En estos momentos, por su «astuto» cerebro está circulando una idea que considera genial: nos va a matar a Lev Banof y a mí, pero, apoyado por sus tres guardaespaldas asesinos de ahí fuera, que sin duda fueron los auténticos asesinos de Plaz y Vo Pao, hará correr por todo el mundo la voz de que, o bien fuimos asesinados por los servicios secretos oficiales de Europa, o bien todo fue una sucia jugada de Lev Banof, el cual me mató a mí, y usted, entonces, lo mató a él. Todo quedaría como una sucia jugada de la MVD, lo que gustaría mucho a China, que gozaría con el desprestigio del espionaje ruso. Y mientras tanto, usted, tras convertirme en el gran mártir de la SPY, y sobre todo en mi vengador, tendría el más amplio y fácil camino abierto para ganarse el afecto y el respeto de todos los espías del mundo…, con lo que, en pocos años, su control sobre la SPY sería enorme. ¿Algo así, Cheng?

—Tengo que admitir que es usted de una inteligencia totalmente fuera de lo normal —admitió Cheng—. Pero es lástima que no haya descubierto la verdad antes.

—¿Eso piensa? Vamos, Cheng… Usted no va a salir vivo de aquí, ¿no lo comprende? Y le diré por qué: usted no es número uno en nada. En todo el mundo sólo hay un Número Uno. Y ese Número Uno es el hombre que, ahí fuera, ha puesto fuera de combate a sus tres amigos, y que ahora está esperando mi orden para matarlo.

—No es cierto —jadeó Cheng.

—Es usted un pobre imbécil —replicó secamente Brigitte *Baby* Montfort—… ¿De verdad cree que todos estos días he estado sola con ustedes, de verdad cree que no he tenido en todo momento bien guardadas las espaldas por un hombre que vale más que usted hasta el punto de que no existe comparación posible? ¿De verdad cree que siempre he venido aquí sola, como una pobre tonta? Bueno, Cheng, de veras: gracias por su idea de la SPY, y… adiós.

Sucedió todo en un segundo.

Cheng Mao apenas comenzó a mover la pistola cuando Lev Banof saltó contra él, empujándolo. De este modo, la bala que desde la puerta del remolque disparó Número Uno, en lugar de alojarse en la cabeza de Cheng, se hundió con sordo impacto en el pecho de Lev Banof, derribándolo violentamente, aparatosamente…, mientras Cheng Mao, momentáneamente salvado, conseguía apuntar su arma hacia Brigitte y disparar un solo tiro.

Uno solo, porque Número Uno ya había vuelto a disparar, y esta vez, la bala no encontró obstáculos en su camino y se clavó en la nuca del chino, derribándolo de bruces…, mientras Brigitte caía también de bruces, pero por su propio impulso al saltar para esquivar el disparo de Cheng Mao.

Número Uno entró a toda prisa, y se arrodilló junto a Brigitte, pálido como la Muerte… Pero enseguida vio los ojos de ella, y captó su trémula sonrisa.

—Estoy bien, mi amor…

El gemido de Banof les hizo mirar vivamente hacia él. Lo vieron tendido ahora de cara al techo del remolque, pero vueltos los ojos hacia ellos. Brigitte se apresuró a desplazarse hacia el ruso, junto al cual quedó, arrodillada.

—Le… le aseguro que sólo quería… impedir que él… que él la matase…

Brigitte vio la gran mancha de sangre en el pecho del soviético, y se mordió un instante los labios.

—Lo sé, Lev… Pero no debió intervenir.

—Bueno —en los labios de Banof hubo una fuerte crispación—…, no se puede decir que… que me haya matado… un don nadie, ¿verdad? ¿Él… él es… Número Uno…?

—Sí, Lev. Pero no quería matarlo, él sólo quería…

—Ya, ya, ya… No se preocupen… Estoy empezando a

sentirme… muy feliz… ¿Se da cuenta?: un bobo como yo he conseguido… conseguido conocer… a Baby, morir… a manos de… de Número Uno, ayudar… ayudar a mil espías… que… que…

—Eso es mucho, en efecto, Lev —consiguió sonreír Brigitte—. Pero deje de hablar. Quizá todavía…

—No. Sé que estoy… marchándome… rápidamente… Baby, no se olvide… de la SPY, recuerde… recuerde que… que nosotros, los espías… nosotros, los… los espías…

La cabeza de Lev Banof cayó lenta y blandamente hacia un lado, y sus ojos quedaron fijos, abiertos. Brigitte permaneció inmóvil hasta que notó en su hombro el peso de la mano de Número Uno, al que miró con tristeza.

—Lo siento —murmuró él.

—No lo has matado tú —susurró Brigitte—… Lo hemos matado entre todos. Lo hemos matado nosotros, los espías.

—La muerte forma parte de este juego, Brigitte.

—Lo sé.

Este es el final

—¿No te dejas nada? —pregunto Uno. Brigitte lo miró, sonriente.

—Sólo mi corazón —replicó.

—Pues eso es una tontería —gruñó él—: o llévatelo o deja aquí también tu cuerpo.

—Nunca estás contento —le reprendió ella—… ¡He pasado más de dos semanas contigo, más tiempo que cualquier otra vez!

—Bueno, pero ha sido porque este asunto se ha alargado más de lo que suele suceder cuando tú intervienes.

—Tampoco tú eres de los que demoran mucho las soluciones, mi amor. Bueno, creo que ya está todo… Hemos hecho un buen trabajo esta vez, ¿no es cierto?

—Nosotros *siempre* hacemos buenos trabajos. Pero ándate con cuidado con la CIA. No olvidarán la jugada que les has hecho.

—Hay mil hombres de nuevo en sus casas —frunció el ceño Brigitte—. ¿La CIA? Apuesto a que algunos miembros del Consejo están furiosos contra mí, pero eso será todo. En cualquier momento, esos mismos caballeros se encontrarán en un grave apuro, y entonces me llamarán de nuevo, les resolveré el problema, y todo olvidado.

—¿Así de fácil?

—Bueno —sonrió astutamente *Baby* Montfort—… Ése es uno de los caminos que tienen. El otro sería prescindir de mí definitivamente. Pero si estuviesen dispuestos a eso, no habrían cedido a la presión de SPY, ¿verdad? Mi amor: ¡la CIA *soy yo*!

—Pues eso no te favorece demasiado.

—Oh, he querido decir el ángel moderador de la CIA. Ya sé que los demás son malos, y por eso sigo yo en la CIA, para aligerar un poco esa maldad. ¿Me he explicado bien?

—¿Por qué no quieres que te lleve al aeropuerto? —Gruñó él.

—Porque prefiero despedirme de ti aquí, viéndote así, tan…

jardinero —se echó a reír—… ¡El taxi debe de estar esperando! Bien, ¡adiós a Villa Tartaruga! ¡Adiós a *Mamma* Maria, al sol, a…!

—¿Y a mí?

Brigitte se colgó del cuello de Número Uno, y lo besó larga, dulce, profundamente en la boca.

Luego, susurró:

—Entre nosotros nunca es adiós, mi amor.

FIN

Notas

[1] Ver las aventuras tituladas *Organización «Gato persa»* y *El asesinato del siglo*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Operación Estrellas*. < <

[3] Véase la aventura titulada *los espías no existen*. <<

[4] Véase la aventura titulada *el asesinato del siglo*. <<

[5] Véase la aventura titulada *poema chino de amor*. < <